

LAS ELECCIONES EN MÉXICO:

evolución y perspectivas

JORGE ALONSO • ÁLVARO ARREOLA AYALA • JORGE CARPIZO
GUSTAVO ERNESTO EMMERICH • PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
MANUEL GONZÁLEZ OROPEZA • MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA
ELKE KÖPPEN • JORGE MADRAZO • CARLOS MARTÍNEZ ASSAD
LORENZO MEYER • FRANCISCO JOSÉ PAOLI BOLIO
JAVIER PATIÑO CAMARENA • ROGELIO RAMOS ORANDAY
JOSÉ LUIS REYNA

coordinado por

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA



ÍNDICE AS PRELIMINARES

PALABRAS PRELIMINARES, <i>por</i> PABLO GONZÁLEZ CASANOVA	9
DEMOCRACIA EN TIEMPOS DE CRISIS, <i>por</i> PABLO GONZÁLEZ CASANOVA	11
SOCIEDAD CIVIL, PARTIDOS Y ELECCIONES, <i>por</i> FRANCISCO JOSÉ PAOLI BOLIO	29
LAS ELECCIONES EN MÉXICO, 1808-1911: ¿SUFRAGIO EFECTIVO?, ¿NO REELECCIÓN?, <i>por</i> GUSTAVO ERNESTO EMMERICH	41
LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y SUS ELECCIONES PRESIDENCIALES, 1911-1940, <i>por</i> LORENZO MEYER	69
LAS ELECCIONES EN EL MÉXICO INSTITUCIONALIZADO, 1946-1976, <i>por</i> JOSÉ LUIS REYNA	101
EL PRINCIPIO DE NO REELECCIÓN, <i>por</i> JORGE CARPIZO	119
LEGISLACIÓN ELECTORAL Y PROCESO POLÍTICO, 1917-1982, <i>por</i> FRANCISCO JOSÉ PAOLI BOLIO	129
OPOSICIÓN Y ABSTENCIONISMO EN LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES, 1964-1982, <i>por</i> ROGELIO RAMOS ORANDAY	163
LAS ELECCIONES DE 1982, <i>por</i> MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA, ELKE KÖPPEN y PABLO GONZÁLEZ CASANOVA	195
SOBRE LA DIFICULTAD DE ESTUDIAR LAS ESTADÍSTICAS ELECTORALES DE 1982, <i>por</i> ELKE KÖPPEN	211
LAS ELECCIONES DE DIPUTADOS: SU SIGNIFICADO POLÍTICO, JURÍDICO Y ESTADÍSTICO, <i>por</i> JAVIER PATIÑO CAMARENA	215
LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS Y LA ILUSIÓN DEMOCRÁTICA, <i>por</i> CARLOS MARTÍNEZ ASSAD	231
ACCESO Y PÉRDIDA DEL PODER DE LOS GOBERNADORES, <i>por</i> MANUEL GONZÁLEZ OROPEZA	259
ELECCIONES DE GOBERNADORES, <i>por</i> MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA	283
REFORMA POLÍTICA Y LEGISLACIÓN ELECTORAL DE LAS ENTIDADES FEDERATIVAS, <i>por</i> JORGE MADRAZO	289
ELECCIONES MUNICIPALES, <i>por</i> ÁLVARO ARREOLA AYALA	329
MICROPOLÍTICA ELECTORAL, <i>por</i> JORGE ALONSO	349
LA DECISIÓN DE VENCER O LAS ELECCIONES DE 1983, <i>por</i> CARLOS MARTÍNEZ ASSAD y ÁLVARO ARREOLA AYALA	375

Desde una perspectiva electoral, el sistema político mexicano contemporáneo ha sido caracterizado como multipartidista pero no competitivo, debido al predominio casi absoluto de un partido oficial y a la consiguiente debilidad de los partidos de oposición.¹

El proceso electoral en sí mismo es un fenómeno muy amplio que abarca tanto la formación y acción de grupos y partidos, la selección de candidatos y las campañas, como las elecciones mismas; además, tiene lugar tanto en el nivel municipal como en el estatal y federal. Sin embargo, toda la complejidad y significado del fenómeno se concentra en la instancia que reviste la mayor significación, o sea, la elección presidencial.

Los resultados globales de prácticamente todas las elecciones presidenciales en México ya han sido publicados.² El campo, sin embargo, está lejos de haber sido agotado; es necesario contar con cifras más desagregadas y con análisis en el nivel local además de explorar materiales cualitativos aún inéditos. En realidad, un análisis cuantitativo muy riguroso de las elecciones mexicanas en este período formativo del nuevo régimen no tendría el significado que se le puede atribuir en los auténticos sistemas pluripartidistas, puesto que en nuestro caso hay elementos para sospechar que las cifras rara vez reflejaron la realidad del sufragio. Fenómenos tales como la abstención, la manipulación de los votos, el fraude y en general la ausencia de una tradición democrática propician que los resultados cuantitativos de las elecciones reflejen mal los fenómenos cualitativos y sustanciales de la vida política mexicana. El fraude electoral fue una constante del período, pues de lo contrario no es posible explicarse, entre otras cosas, votaciones estatales en donde el candidato oficial recibió el 100% de los votos.

Las elecciones y su estudio en sistemas "no clásicos" como el mexicano no es un hecho que carezca de sentido.³ Por un lado, el ritual electoral fue desde un principio un elemento indispensable para dar y sostener la legitimidad del sistema, tanto internamente como ante la comunidad internacional. Las campañas políticas que pre-

¹ Guy Hermet, "State-controlled elections: a framework", en Guy Hermet, Richard Rose y Alain Rouquié (comps.), *Elections without a choice*, Nueva York, Wiley, 1978, p. 17.

² Mario Ramírez Rancaño, "Estadísticas electorales: presidenciales", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIX, núm. 1, enero-marzo de 1977, pp. 271-299.

³ Guy Hermet, *op. cit.*, pp. 12-13.

ceden a las elecciones obligan a los futuros gobernantes, incluso en sistemas autoritarios, a definir acciones pasadas y metas futuras en términos ideológicos y por tanto generales, lo que al menos por un momento los fuerza a abandonar el pragmatismo cotidiano y a asumir compromisos; finalmente, y quizá éste sea el elemento más importante en el caso mexicano, las elecciones —en particular las presidenciales— desatan un gran cúmulo de fuerzas hasta entonces contenidas en el interior del grupo gobernante, lo que necesariamente lleva a una reestructuración del equilibrio interno, que quizá perdure hasta la siguiente elección. En el caso mexicano, la selección del candidato presidencial oficial fue, y sigue siendo, el momento de mayor vulnerabilidad del sistema, pero una vez que ésta se resolvió, la nueva composición de fuerzas produjo una cierta renovación de los cuadros directores, lo que generalmente les permitió reflejar de manera más realista la naturaleza de la coalición en el poder. En México, y seguramente en otros sistemas similares, es en la lucha interna del grupo en el poder, y no en la confrontación electoral con una oposición siempre en desventaja y generalmente débil, donde se expresó la verdadera dinámica política de la lucha por el poder. Como ha señalado Guy Hermet, en los sistemas electorales no competitivos la selección del candidato oficial lleva a que salgan a flote —y se resuelvan temporalmente— las rivalidades, los compromisos y las maniobras para intimidar o atraer el apoyo de los diferentes grupos y corrientes que forman la coalición gobernante en este tipo de sistemas.⁴

El proceso electoral, tal y como surgió en Estados Unidos y Europa occidental al finalizar el siglo XVIII y principiar el XIX, y que sirvió de modelo al resto del mundo hasta el surgimiento de sistemas socialistas y fascistas, tiene como esencia no el que cualquier ciudadano pretenda y pueda asumir los cargos de elección popular, sino algo menos ideal y más realista: el que los electores puedan decidir libremente quién, de entre dos o más candidatos, habrá de asumir el poder político por un tiempo determinado.⁵ Los partidos que apoyan estas diversas candidaturas son, por naturaleza e independientemente de sus ideologías, oligárquicos, como bien lo muestra hace tiempo Robert Michels.⁶ Por lo tanto, lo que la democracia liberal permite al ciudadano promedio es simplemente contribuir a decidir a qué élite se le otorgará la responsabilidad y privilegio de gobernar a la sociedad civil. Finalmente, para que este tipo de proceso electoral tenga realmente sentido, la contienda no debería ser tan sólo entre personalidades sino, sobre todo y en primer lugar, entre proyectos distintos, pues de lo contrario se tendrá la forma pero no la sustancia de la democracia política.

A partir de la definición anterior, resulta que el proceso electoral de México entre 1911 y 1940 estuvo lejos de corresponder al ideal liberal democrático que, al menos en principio, debió encarnar. El problema no fue sólo la manipulación de los votos, sino también y sobre todo la debilidad de la oposición; los programas de estos opositores resultaron ser casi siempre meras variantes de los que presentaron los candidatos oficiales, pues de hecho todos los participantes en las contiendas electorales se legitimaban como herederos directos del "ideario" de la Revolución mexicana. Prácticamente ningún candidato ondeó de manera franca la bandera de la reacción.

Los líderes que abiertamente se opusieron a la letra y al espíritu de la constitución de 1917, como fue, por ejemplo, el caso de Félix Díaz, Manuel Peláez o los cristeros, simplemente desdeñaron la vía electoral como forma de enfrentar a los revolucionarios y prefirieron el camino de las armas.

1911: un buen principio

La Revolución mexicana tuvo como meta inicial un programa político bastante esbozado y que en realidad difícilmente se puede considerar revolucionario. Francisco I. Madero y sus partidarios directos legitimaron su rebeldía con los principios del llamado Plan de San Luis de 1910, que era básicamente un documento político que exigía el respeto al voto y al proceso electoral —de ahí su lema de "sufragio efectivo"—, así como la implantación de un principio que asegurara que no se repetirían las condiciones que habían dado lugar a la dictadura de Díaz, por ello el otro lema fue sólo la "no reelección". Así pues, en su origen, la Revolución no fue más que un levantamiento en favor de la democracia liberal, cuyo espíritu había sido sistemáticamente violado por el antiguo régimen y cuya práctica se desconocía en México.

En virtud de los tratados de Ciudad Juárez de mayo de 1911, los rebeldes victoriosos exigieron la renuncia del presidente Díaz y que su secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, asumiera provisionalmente el poder ejecutivo a fin de presidir el proceso de pacificación y desmovilización de las fuerzas insurgentes, a la vez que convocar y organizar nuevas elecciones nacionales, en las que obviamente Madero volvería a figurar como candidato a la Presidencia. En efecto, tal y como estaba previsto, de la Barra convocó de inmediato a nuevos comicios de manera que las elecciones primarias para presidente y vicepresidente de la República tendrían lugar el 1 de octubre de 1911; los electores triunfantes de esos comicios se reunirían quince días más tarde para celebrar las elecciones finales y acto seguido se declararían a los triunfadores como presidente y vicepresidente electos.

El ambiente en que se desarrolló la campaña electoral de 1911 fue, sobra decirlo, bastante tenso y agitado. La revolución se negaba a morir y la "normalidad" estaba cada vez más lejos. Por una parte, muchas bandas armadas continuaban sembrando la zozobra en las zonas rurales de México y los insurgentes zapatistas terminaron por negarse a ser desarmados y se declararon en rebeldía. Por la otra, el grupo maderista empezó a mostrar profundas divisiones internas.

Una de las primeras decisiones políticas de Madero después de su victoria militar sobre Díaz fue declarar disuelto el Partido Nacional Antirreeleccionista (PNA), organización que en 1910 había postulado a él y a Francisco Vázquez Gómez para ocupar los dos puestos de elección del poder ejecutivo. Madero justificó esta medida por el dramático cambio en las circunstancias políticas debido a la caída de Díaz. Sin embargo, más de uno sospechó que la verdadera razón de acabar con un partido que también le había servido era ampliar su campo de maniobra para llevar a cabo un cambio de candidato a la Vicepresidencia. A raíz de la lucha civil, Francisco Vázquez Gómez, así como su hermano Emilio, se habían manifestado más independientes de Madero y más radicales de lo que éste estaba dispuesto a tolerar y por ello el líder revolucionario se decidió a sustituir a Vázquez Gómez por un correligionario menos conflictivo: José María Pino Suárez. El 9 de julio de 1911, en un manifiesto, Madero dio a conocer la formación del Partido Constitucional Progresista (PCP),

⁴ *Ibid.*, p. 12.

⁵ Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, socialism and democracy*, Nueva York, Harper & Brothers, 2a. ed., 1947, pp. 269-282.

⁶ Robert Michels, *Political parties*, Nueva York, Free Press, 1966, pp. 342-356.

entre cuyos directivos se encontraban su hermano Gustavo, Juan Sánchez Azcona, Roque González Garza, Miguel Díaz Lombardo, Eduardo Hay, Luis Cabrera, José Vasconcelos y Jesús Flores Magón.

Formalmente, sería la convención nacional del nuevo partido la que, después de aprobar sus estatutos, seleccionara a quienes serían sus candidatos en los comicios. En tanto que este evento se preparaba, y dando por descontado que Madero sería el candidato presidencial, muchos clubes y agrupaciones políticas afiliados al PCP proponían abiertamente la candidatura del binomio original del PNA, o sea, Madero-Vázquez Gómez.

El conflicto entre los dos personajes del antirreeleccionismo salió por fin a la superficie el 2 de agosto, cuando Emilio Vázquez Gómez hizo pública la renuncia que le exigió el presidente León de la Barra al cargo de secretario de Gobernación. En este documento, Vázquez Gómez acusó al presidente provisional de favorecer a la "tendencia conservadora" en detrimento de la revolucionaria. Madero consideró necesario negar públicamente los cargos de Vázquez Gómez y respaldar en cambio la acción de de la Barra. Así se inició el desgajamiento de una de las alas más militantes del maderismo.

Al mismo tiempo que se producía la división del maderismo, el general Bernardo Reyes y Madero, de manera conjunta y por petición expresa del primero, anunciaron el fin del pacto político que por un breve tiempo los había convertido en aliados. Reyes se encontró entonces en posibilidad de lanzar su propia candidatura a la Presidencia. De esta manera, a escasos dos meses de las elecciones, se empezaron a gestar candidaturas de oposición. Para septiembre la campaña estaba en marcha, con movilizaciones multitudinarias en las principales ciudades del país y, desde luego, el maderismo era la fuerza dominante. La campaña despertó pasiones y en más de una ocasión los mítines urbanos degeneraron en choques callejeros entre maderistas y reyistas. La prensa, sobre todo la de la capital, contribuyó bastante a caldear el ambiente, pues tanto *El País* como *El Imparcial* se mostraron abiertamente antimaderistas en tanto que *Nueva Era* surgió como el vocero del maderismo.

La candidatura del general Reyes nunca tuvo muchas posibilidades aunque contó con el apoyo de algunos gobernadores, en particular con los de Nuevo León, Jalisco y Tlaxcala, así como de ciertos hacendados poderosos, en particular Íñigo Noriega, un español. Reyes no logró despertar un gran entusiasmo popular y para ganar tiempo dirigió al Congreso una comunicación formal pidiendo que se aplazaran las elecciones. Madero reaccionó sugiriendo públicamente —demandando en realidad— a los legisladores que mantuvieran el calendario original, lo que hicieron aunque a regañadientes. Cuando Madero encabezaba su campaña política en el sur de la República, una manifestación reyista en la capital fue interrumpida por grupos maderistas y terminó en una batalla campal. A raíz de este incidente, y alegando que los métodos de su adversario "lesionaban su dignidad", Reyes anunció que se retiraba de la contienda electoral y acto seguido abandonó el país. Para algunos, la verdadera razón de la acción de Reyes era el hecho de que el general había comprobado que no tenía ninguna posibilidad de obtener una victoria electoral y que, por lo tanto, había decidido iniciar los preparativos para encabezar una rebelión, única vía por la que podría llegar a la Presidencia.⁷ Candidaturas de última hora, como la del viejo

⁷ José C. Valadés, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, México, Antigua Librería Robredo, 1960, p. 212.

y poderoso general norteño Jerónimo Treviño o como la de Fernando Iglesias Calderón, simplemente no prosperaron. De hecho, Madero habría de llegar a las elecciones de octubre sin contendiente y montado en la ola de su triunfo sobre la dictadura porfirista. La verdadera batalla política de ese momento se desarrolló antes de octubre, lejos de las urnas, y tuvo lugar dentro del propio PCP. En efecto, al llevarse a cabo la convención de este partido, quedó en claro que ya existían en su seno dos corrientes: una mayoritaria que seguía aceptando a Madero como líder indiscutible del grupo revolucionario, y que por lo tanto no ponía en duda sus directrices, y otra minoritaria pero militante encabezada por los hermanos Vázquez Gómez. Esta última se opuso, aunque sin éxito, a que se sustituyera a Francisco Vázquez Gómez por Pino Suárez como candidato a la Vicepresidencia. Al final de la caldeada convención, la ruptura entre las dos corrientes fue abierta.⁸ El programa que finalmente adoptó el PCP fue, en realidad, muy parecido al Plan de San Luis, aunque subrayó más que aquél la necesidad de una política de defensa de los recursos nacionales frente a las empresas extranjeras así como el fraccionamiento gradual de la gran propiedad rural.

El PCP contó con el apoyo de un buen número de organizaciones locales, pero el grueso de sus fondos, así como su dirección, provinieron directamente de la familia Madero a través de Gustavo.⁹ Como estaba previsto, los comicios primarios —de acuerdo con la ley electoral de 1901, cada 500 ciudadanos empadronados o fracción superior a 250 deberían nombrar un elector— se llevaron a cabo el primer día de octubre. Aunque los enemigos de Madero pidieron la anulación de los resultados de ciertas casillas, prácticamente nadie impugnó en su conjunto la legitimidad del proceso en donde triunfaron los partidarios de Madero. De todas formas, entre los electores triunfantes hubo algunos pertenecientes al Partido Católico, organización creada en mayo de 1911 y que tenía por lema: "Dios, patria y libertad." Era un esfuerzo por dar voz política a los católicos en cuanto tales, quienes la habían perdido desde la restauración de la República el siglo anterior. El Partido Católico apoyó la candidatura de Madero, pero deseaba la Vicepresidencia para León de la Barra. Otro grupo minoritario de electores se identificó con los hermanos Vázquez Gómez. Pero en su inmensa mayoría los triunfadores fueron maderistas puros, por ello la elección secundaria celebrada el día 15 no arrojó ninguna sorpresa; al principiar noviembre, el Congreso difundió los resultados oficiales: de los 20 145 votos emitidos por los electores en la elección presidencial, 19 997 fueron en favor de Madero, es decir, poco más del 99%; de la Barra y Vázquez Gómez sólo recibieron una proporción mínima.

De hecho en la lucha por la Presidencia simplemente no hubo oposición, pero la fragilidad del consenso político se hizo patente en relación con la Vicepresidencia. Por un momento se llegó incluso a pensar que ninguno de los candidatos a la Vicepresidencia obtendría la mayoría absoluta que se requería para su elección, con lo cual se hubiera tenido que dejar la decisión en manos del Congreso, donde los enemigos del maderismo no eran pocos, pues aunque Madero había volcado todo su apoyo en favor de Pino Suárez, éste sólo logró 10 245 del total de votos emitidos, es decir, triunfó con el 52%. De la Barra, a quien apoyaban el Partido Católico y

⁸ Alfonso Taracena, *Madero. Vida del hombre y del político*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 506-517.

⁹ *Ibid.*, p. 503.

el Partido Popular Evolucionista, presidido por Jorge Vera Estañol, recibió el 29%; Vázquez Gómez, el 17 por ciento.¹⁰

Al finalizar 1911, Madero y Pino Suárez asumieron sus cargos, pero el PCP no resultó un partido oficial tan fuerte como su líder lo hubiera deseado, pues algunas de las organizaciones políticas que originalmente se sumaron a sus filas para apoyar la candidatura de Madero lo abandonaron para recuperar su independencia en las elecciones legislativas, en donde el Partido Católico surgió como la segunda fuerza política nacional. El Congreso con el que gobernó Madero fue una asamblea pluripartidista, en donde la oposición al Ejecutivo fue constante y en opinión de muchos excesiva. Así pues, en los orígenes del nuevo régimen el Congreso resultó ser un verdadero foro de los diversos partidos existentes y un contrapeso de la Presidencia que se perdería más adelante. Desafortunadamente, este principio de pluralismo democrático que volvió a recuperar para el poder legislativo un espacio político perdido durante el porfiriato no habría de durar mucho tiempo.

Una de las primeras acciones legislativas del gobierno del presidente Madero fue reformar la ley electoral de 1901. En efecto, en diciembre de 1911 se decretó una nueva ley electoral en donde, por primera vez, se tomó en cuenta a los partidos, se les definió como las organizaciones políticas que habrían de dar sentido al voto y se establecieron los requisitos mínimos para que tuvieran personalidad legal. Entre las condiciones necesarias para el reconocimiento de un partido estaba la de contar, por lo menos, con cien miembros y publicar por lo menos 16 números de un periódico de propaganda durante los dos meses anteriores a las elecciones primarias. Finalmente, se dio a los partidos representación en los colegios electorales municipales y distritales.¹¹

1913: las elecciones de la dictadura

En febrero de 1913 un grupo de militares conspiradores logró poner en libertad a dos generales que cumplían largas condenas por sus frustrados intentos de rebelión contra el nuevo régimen; se trataba de Bernardo Reyes y de Félix Díaz, sobrino éste de don Porfirio. El plan original de los coludidos para tomar el poder por sorpresa tropezó con serios obstáculos desde un principio y no logró plenamente sus objetivos; el general Reyes murió en el intento, pero Félix Díaz pudo refugiarse con sus tropas y partidarios civiles en el arsenal de La Ciudadela, en el corazón mismo de la capital, y resistir el asedio de las fuerzas leales. Durante más de una semana la ciudad experimentó todos los rigores de la guerra civil, y la paz sobrevino cuando un acuerdo secreto entre los rebeldes y el comandante de las fuerzas federales, Victoriano Huerta, desembocó en un golpe militar. La traición de Huerta culminó con la captura del Presidente y del Vicepresidente, su renuncia y finalmente su asesinato. Huerta, después de cubrir las formalidades constitucionales, asumió interinamente la Presidencia y de inmediato formó un gabinete compuesto de partidarios suyos y de Félix Díaz. Este último se abstuvo de asumir un cargo formal en espera de la convocatoria a nuevas elecciones, en el entendido de que entonces él se presenta-

¹⁰ *El Imparcial*, 3 de noviembre de 1911.

¹¹ Antonio Orozco García, *Legislación electoral mexicana, 1812-1977*, México, Comisión Federal Electoral, 2a. ed., 1978, pp. 216-239.

ría como candidato oficial y seguro ganador, restaurando así el antiguo régimen.

Este plan inicial, conocido como "pacto de la embajada", por haberse acordado en la sede de la embajada de Estados Unidos, fue rápidamente hecho a un lado por Huerta, quien no mostró mayor prisa en abandonar su cargo y sí en consolidar su poder eliminando a los felicistas de prácticamente todas las posiciones clave del gobierno. Las elecciones fueron pospuestas mediante el empleo de tácticas dilatorias muy obvias. Para tal fin, los huertistas asumieron una actitud en extremo legalista, aduciendo que de acuerdo con la constitución las elecciones sólo se podrían efectuar una vez que se hubieran suprimido todas las actividades "sediciosas", pues sólo así se podría garantizar plenamente la libertad de voto.¹² De todas maneras, al principiar abril, la Secretaría de Gobernación envió a la Comisión Permanente del Congreso una iniciativa para que se procediera a convocar a elecciones; sin embargo, y puesto que en poco tiempo los legisladores iniciarían un período ordinario de sesiones, la Permanente decidió esperar a que se reuniera el Congreso en pleno. Cuando el conjunto de los legisladores volvió a sesionar, la petición de Gobernación se turnó a una comisión especial, la cual dictaminó, aunque no por unanimidad, que era indispensable posponer la convocatoria a nuevas elecciones hasta que se aprobara la ley orgánica del artículo 76 constitucional, modificado por la ley electoral de Madero.

Para los felicistas este súbito legalismo del Congreso no era más que un pretexto de Huerta y los suyos para no cumplir con los términos pactados. En protesta, el 24 de abril Félix Díaz y León de la Barra, que ya eran candidatos para los cargos de presidente y vicepresidente por el Partido Liberal Democrático de José Luis Requena, retiraron sus candidaturas. Poco más tarde, el general Félix Díaz salió a un exilio político apenas disimulado como misión diplomática a Japón. Huerta había ganado definitivamente la partida a su aliado ocasional.¹³

Con la desaparición de Félix Díaz del campo político, la dictadura militar logró una mayor cohesión interna, pues Huerta se constituyó en su líder indiscutible. Esta cohesión y mucho más se iba a necesitar para hacer frente al desafío de las fuerzas insurgentes. Los enemigos de Huerta no eran sólo los zapatistas que seguían en pie de lucha en Morelos y estados aledaños, sino también los llamados "constitucionalistas", que bajo el liderazgo del gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, habían asumido la herencia del maderismo en contra de la ilegalidad militarista y en defensa de la constitución. El panorama se ensombreció aún más para Huerta cuando el gobierno recién inaugurado del presidente Woodrow Wilson en Estados Unidos anunció que no otorgaría su reconocimiento al gobierno mexicano por considerarlo ilegítimo y, en cambio, demandó la celebración inmediata de elecciones en el vecino país del sur pero sin que Huerta se presentara como candidato. Huerta se negó a aceptar la demanda norteamericana alegando que era lesiva a la soberanía de su país y en cambio se decidió a acabar a sangre y fuego con el movimiento rebelde.

Para el mes de octubre de 1913, la dictadura no había logrado sofocar a la oposición armada y si encontraba cada vez más difícil convivir con la oposición legal, en particular con la del Congreso, cuyos miembros habían sido elegidos en 1911 y que en su mayoría eran maderistas. Huerta ordenó entonces la disolución por la fuerza

¹² *El País*, 8 de marzo de 1913.

¹³ Para un análisis más detallado del conflicto entre Félix Díaz y Victoriano Huerta, véase Peter V. N. Henderson, *Félix Díaz, the porfirians and the Mexican revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981.

del cuerpo legislativo, con lo cual su legitimidad interna y frente a Estados Unidos se deterioró aún más. En un esfuerzo por minimizar el impacto negativo de esa medida, el secretario de Relaciones Exteriores de Huerta, Querido Moheno, sostuvo ante el cuerpo diplomático que la clausura del Congreso debía verse como un acto democrático, ya que los diputados habían estado saboteando sistemáticamente la acción pacificadora del gobierno, y por lo tanto había llegado el momento de convocar a nuevas elecciones para que el pueblo decidiera de manera directa y de una vez por todas cuál era el camino que se debía seguir.¹⁴

Así pues, al concluir 1913 Huerta pareció finalmente decidido a proceder a la celebración de las elecciones, y su motivo era doble: por un lado, el grueso de sus opositores se encontraba en el campo de batalla, por tanto la oposición electoral sería mínima, si es que surgía alguna; por el otro, las elecciones eran un medio insustituible para dar una fachada democrática a lo que realmente era una dictadura militar. Pese a la ausencia de una verdadera oposición electoral —Félix Díaz aún estaba fuera de México— Huerta se mostró decidido a no correr ningún riesgo y para ello propició candidaturas inviables a la vez que mantuvo un ambiente de incertidumbre en torno a la celebración de los comicios. Para observadores atentos y cercanos a Huerta, como lo eran entonces los diplomáticos británicos, las elecciones presidenciales serían una farsa, pero el gobierno no tenía alternativa.¹⁵ El propósito de la maniobra era simple aunque no evidente para todos: propiciar una votación para presidente, pero tan raquítica que pudiera ser declarada nula; así, quizá la irritación del gobierno estadounidense sería menor y Huerta podría continuar como presidente interino.¹⁶

La convocatoria para la celebración tanto de elecciones presidenciales como legislativas fue anunciada el mismo día que el Congreso se disolvió, es decir, el 10 de octubre, para celebrar elecciones el 26 del mismo mes. La premura, que prácticamente no permitiría campaña electoral, se justificó con la necesidad de que las nuevas cámaras quedaran instaladas el 20 de noviembre a fin de que se procediera de inmediato a calificar la elección presidencial y se diera a México un presidente constitucional. A una semana de la fecha de las elecciones, el 20 de octubre, varias agrupaciones políticas lanzaron formalmente la candidatura de Victoriano Huerta para presidente y la del general Aureliano Blanquet para vicepresidente. Justamente entonces Félix Díaz volvió al país; pero el general no se hizo presente en la capital, temeroso de una celada de Huerta. De todas formas, un grupo de sus partidarios sostuvo su candidatura y la de José Luis Requena para la Presidencia y Vicepresidencia respectivamente. Otras agrupaciones propusieron para los mismos puestos a David de la Fuente y Andrés Molina Enríquez y otros más a Federico Gamboa y Enrique Rascón. A punto de celebrarse los comicios, Huerta declaró que le era imposible aceptar su postulación a la Presidencia ya que constitucionalmente se encontraba impedido para ello, con lo cual el ambiente electoral se tornó todavía más confuso y desde luego la participación ciudadana el día 26 fue muy raquítica.¹⁷

Félix Díaz no consideró que México fuera un lugar seguro para él y abandonó

¹⁴ Anónimo, *De cómo vino Huerta y cómo se fue. . . Apuntes para la historia de un régimen militar*, México, El Caballito, 4a. ed., 1978, p. 397.

¹⁵ Del encargado de negocios británico al Foreign Office, en Public Record Office, Foreign Office, 371, vol. 1677, file 6296, paper 45116 (17 de septiembre de 1913).

¹⁶ Michael Meyer, *Huerta: a political portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972, pp. 149-154.

¹⁷ *El Imparcial*, 28 y 29 de octubre de 1913.

el país inmediatamente después de las elecciones, en tanto que la prensa daba a conocer el triunfo de la fórmula Huerta-Blanquet y el de sus partidarios postulados para formar el poder legislativo. El 9 de diciembre el nuevo Congreso, siguiendo las indicaciones de Huerta, declaró nulas las elecciones presidenciales. La nulificación no se hizo con base en el hecho de que Huerta fuera presidente en funciones, sino por fallas en la instalación de las casillas; acto seguido, se ratificó al dictador en su cargo de presidente interino a la vez que se convocó a nuevas elecciones presidenciales para el primer domingo de 1914. Éstas no llegaron a celebrarse nunca en virtud de que las presiones externas y los triunfos constitucionalistas en los campos de batalla del norte terminaron con el gobierno de Huerta y sus esquemas políticos.

1917: nueva constitución y nuevas elecciones

La bandera inicial de Carranza y sus seguidores fue el Plan de Guadalupe, firmado en Coahuila el 30 de marzo de 1913. La esencia de este documento era la necesidad de castigar el asesinato de Madero y la consiguiente violación a la voluntad popular que lo había designado presidente de la República. Acorde con esta perspectiva puramente política, el plan preveía en su artículo sexto que al triunfo del movimiento se convocaría de inmediato a elecciones para restablecer la legalidad constitucional. Sólo el paso del tiempo y la apremiante necesidad de hacer frente a los reclamos de fuerzas más radicales dentro y fuera del movimiento constitucionalista llevarían a Carranza a introducir en su programa propuestas de carácter social.

La coalición carrancista se desmoronó casi inmediatamente después de su triunfo sobre Huerta a mediados de 1914. La ferocidad de la lucha contra la dictadura huertista volvió a revivir en la contienda entre las facciones revolucionarias. El poder se disputó por las armas y no por los votos. Los carrancistas ganaron la partida y en 1916, mientras batían a los remanentes del villismo y del zapatismo, Carranza convocó a elecciones para un congreso constituyente que reformara la carta magna de 1857 de acuerdo con las nuevas realidades. Parte integral de la convocatoria fue la promulgación de una nueva ley electoral. Entre sus innovaciones se encontraban las limitaciones para que se formaran partidos políticos exclusivamente en favor de una raza o creencia religiosa. Los partidos podrían estar representados en las casillas electorales, pero los votantes deberían escribir el nombre de sus candidatos en las boletas. En caso de que el votante fuera analfabeto —situación en la que se encontraba la mayoría de los mexicanos—, debería informar “en voz alta” el nombre de sus candidatos, lo que desde luego abría una ancha puerta a la manipulación del voto.¹⁸

La nueva constitución estuvo lista en febrero de 1917. En ella se institucionalizaba la reforma agraria, se consagraba una larga serie de derechos de los asalariados, se disminuía el papel de la Iglesia y se retornaba el dominio de los hidrocarburos a la nación. Al entrar en vigor la nueva constitución fue necesario proceder a nuevas elecciones legislativas así como a las presidenciales. Estas elecciones se efectuaron conforme a la ley electoral del 6 de febrero de ese año.¹⁹ Para entonces el cargo de vicepresidente, que tantas discordias y problemas había causado en el pasado, había sido eliminado; el período presidencial disminuido de seis a cuatro años, y la elec-

¹⁸ Antonio Orozco García, *op. cit.*, pp. 244-254.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 255-271.

ción del presidente sería similar a la de los diputados y senadores, es decir, directa.

Carranza, a diferencia de Huerta, había tenido buen cuidado de dirigir la acción del grupo constitucionalista no como presidente sino como "primer jefe del ejército constitucionalista encargado del poder ejecutivo". Por tanto, el antiguo gobernador de Coahuila no se vio imposibilitado para presentarse como candidato presidencial para los comicios del 11 de marzo de 1917. La candidatura de Carranza fue apoyada por una amplia gama de partidos y organizaciones políticas que reflejaba la heterogeneidad del grupo revolucionario. La organización más importante dentro de esta coalición fue el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) formado a fines de 1916 y cuya dirección estaba en manos de militares: los generales Benjamín Hill y Pablo González, con Obregón en el trasfondo; también se encontraban agrupaciones menores, y en buena medida coyunturales, como el Partido Racionalista Republicano, el Club Liberal Jesús Carranza, la Liga de Empleados Constitucionalistas y varias docenas más. La ausencia de una oposición electoral a Carranza no debe hacernos concluir que la jornada fuera un asunto fácil, pues como había ocurrido con Madero, el consenso de la coalición se empezó a perder cuando llegó el momento de seleccionar a los candidatos para el Congreso. El PLC, por ejemplo, apoyó a Carranza, pero sus dirigentes se esforzaron en lograr el triunfo de una serie de legisladores que representaban fuerzas políticas relativamente independientes del "primer jefe". Pese a los esfuerzos de Carranza —no siempre acordes con el espíritu democrático que se suponía debía de animarle—, un buen número de quienes llegaron a las cámaras en 1917 no contaba con el visto bueno de quien sería el presidente.²⁰ El Congreso seguía siendo una institución con vida propia.

Las elecciones presidenciales —sin oposición— se llevaron a cabo tal y como estaba previsto, con la excepción del estado de Morelos, donde la acción del zapatismo lo impidió. Las autoridades electorales computaron en total 820 475 sufragios, de los cuales 797 305 (más del 97%) fueron para Carranza y el resto a votos aislados en favor de los generales Álvaro Obregón y Pablo González, pese a que formalmente ninguno de los dos había presentado su candidatura.²¹ Estas elecciones prácticamente no introdujeron ningún cambio en el panorama político, aunque sí dieron al gobierno de Carranza el toque de legitimidad que le faltaba, y fueron el punto de arranque de un penoso y largo proceso de institucionalización política del nuevo régimen que habría de culminar al cabo de poco más de dos decenios de agitada vida política.

El 2 de julio de 1918, Carranza, ya en su carácter de presidente constitucional, promulgó una nueva ley electoral que, con modificaciones, se mantendría en vigor hasta enero de 1946. Esta ley fue muy específica en relación con la forma que deberían tener las boletas, de tal suerte que por primera vez los nombres de los candidatos registrados vendrían impresos y coloreados, con lo cual el secreto del voto se facilitaba para quienes no supieran leer ni escribir. Sin embargo, este avance en la efectividad del voto se neutralizó en gran medida por el hecho de que se dio a los presidentes municipales el control del proceso electoral, lo que puso en sus manos los instrumentos principales para la "alquimia electoral" que habría de caracterizar al sistema por mucho tiempo.²²

²⁰ Charles C. Cumberland, *Mexican revolution. The constitutionalist years*, Austin, The University of Texas Press, 1972, pp. 362-363.

²¹ Mario Ramírez Ranaño, *op. cit.*, p. 286.

²² Antonio Orozco García, *op. cit.*, pp. 272-309; Luis Medina Peña, *Evolución electoral en el México contemporáneo*, México, Comisión Federal Electoral, 1978, pp. 12-13.

1920: las elecciones de una revuelta militar triunfante

Al iniciarse el año de 1919, México se encontraba relativamente menos convulsionado que cuando Carranza había asumido la Presidencia, pero aún estaba lejos de la pacificación plena. Cientos de gavillas y grupos rebeldes más o menos organizados asolaban al campo mexicano y en algunos casos disputaban con éxito a las autoridades locales el control regional. Sin embargo, para Carranza éste no era el problema principal, sino el control del nuevo ejército y de ciertas fuerzas locales que supuestamente le eran leales. Desde finales de 1918 era un secreto a voces que muy pronto se presentarían en la palestra electoral dos de los militares más importantes del carrancismo, los generales Álvaro Obregón y Pablo González, y que esta vez no se trataría de una mera formalidad como en 1917, sino que ambos estaban empeñados en suceder a Carranza en 1920. Como para 1919 el presidente no se había manifestado abiertamente por ninguno de los dos, los observadores y los precandidatos empezaron a sospechar que el líder coahuilense no se proponía apoyar a ninguno de ellos sino a un tercero, lo que volvería aún más revuelto el ambiente político.²³

En 1919, y contra la voluntad de Carranza, Obregón anunció desde su rancho en Sonora, a donde se había retirado tras renunciar a la Secretaría de Guerra, lo que todos los entendidos políticos esperaban: que se proponía presentarse como candidato en las próximas elecciones presidenciales. La manera como la candidatura del general sonoreense fue anunciada —desconociendo de hecho la autoridad política de Carranza— selló la ruptura entre Obregón y el Presidente. La disciplina política del grupo en el poder se puso a prueba y el resultado fue que muchos de sus miembros desafiaron abiertamente a Carranza y se afiliaron al grupo de Obregón o al de Pablo González.

El manifiesto a través del cual Obregón dio a conocer su calidad de candidato presidencial contenía críticas claras a la gestión de Carranza, pero no proponía una línea de acción diferente; el caudillo sonoreense simplemente se presentó a sí mismo ante el electorado como una encarnación más fiel del espíritu revolucionario. La candidatura de Obregón no apareció, ni siquiera formalmente, como resultado de la acción de los partidos, sino como un acto de voluntad individual —que se avenía bien con la naturaleza caudillista del general sonoreense— al que más tarde apoyaron partidos y organizaciones. Obregón inició su campaña y por el 9 de febrero de 1920 quedó formalmente constituido el Centro Director Obregonista (CDO), cuya presidencia recayó en manos del general Benjamín Hill, o sea del líder del PLC. El CDO no fue simplemente otra fachada del PLC, sino que también recibió la adhesión del Partido Laborista, ala política de la recién formada Confederación Regional Obrera de México encabezada por Luis N. Morones; del Partido Nacional Cooperatista, formado en 1917 por Jorge Prieto Laurens y otros estudiantes, y cuyo primer presidente fue el general Jacinto B. Treviño (este partido postulaba la necesidad de nacionalizar la tierra y la gran industria, además de transformar al ejército en una guardia nacional). El Partido Socialista de Yucatán, a cuyo frente estaba Felipe Carrillo Puerto, también ingresó al CDO. La campaña tomó fuerza y la tensión aumentó, sobre todo después de que varios mítines obregonistas se vieron interrumpidos por la vio-

²³ Un ejemplo de esta atmósfera se encuentra en el informe del encargado de la legación británica en México al Foreign Office, en Public Record Office, Foreign Office, 371, vol. 3881, file 60, paper 99625 (12 de junio de 1919).

lenta acción de los cuerpos de seguridad del gobierno y de algunos provocadores.

Cuando Obregón y Pablo González se convirtieron en candidatos presidenciales, Carranza consideró necesario no retrasar la presentación de un tercero, el suyo, que sería un civil para subrayar así la necesidad de acabar con el predominio del ejército y acelerar el tránsito de la etapa militar de la Revolución a otra "civilista" y respetuosa de las formas institucionales. El designado fue el ingeniero Ignacio Bonillas, un profesionalista educado en el extranjero y embajador de México en Washington. El problema de fondo de Bonillas no era sólo su carácter civil en un momento en que el ejército era el factor político decisivo, sino también su carencia casi absoluta de una base propia de poder; de hecho, sus posibilidades de triunfo dependían enteramente de la efectividad del apoyo que le diera Carranza, lo cual desde luego sirvió para que sus enemigos señalaran que un triunfo de Bonillas significaría en realidad la perpetuación en el poder de quien lo apoyaba: Carranza. La candidatura de Bonillas fue lanzada a fines de 1919 por el Partido Civilista, cuyo comité directivo no estaba encabezado por civiles sino por tres generales: Federico Montes, Cándido Aguilar y Juan Barragán. El anhelado "civilismo" aún tenía que andar un buen trecho antes de convertirse en una realidad.

Al principiarse 1920, era claro que la verdadera contienda tendría lugar entre Obregón y Bonillas, ya que el general Pablo González contó desde un principio con pocas posibilidades de triunfo, ya fuese en las urnas o fuera de ellas. En mayo de 1920 la tensión en que se encontraba sumido el mundo político mexicano llegó a su clímax cuando, en medio de la campaña electoral, el gobierno trató de involucrar a Obregón en un intento de rebelión para así descalificarlo definitivamente como candidato. No había elementos para considerar que en realidad Obregón estuviera preparando un levantamiento. Cuando la rebelión se materializó, no fue dirigida formalmente por Obregón sino por el gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, y el motivo aparente de los rebeldes no fue la selección del candidato oficial, sino las diferencias con el gobierno de Carranza en torno al río Sonora y a la política hacia los indios yaquis. Con el apoyo de muchos elementos anticarrancistas en el país, entre ellos algunos grupos que aún permanecían en rebelión, el "grupo de Sonora" se levantó en armas bajo la bandera del Plan de Aguaprieta, cuyos principios fundamentales eran la defensa de la soberanía de los estados frente al poder federal y la defensa de la democracia. La rebelión contra Carranza fue relativamente corta, pues el grueso del ejército se unió a los sonorenses o se mantuvo a la expectativa. Carranza pereció en una emboscada que le tendieron en Tlaxcalantongo, cuando pretendía llegar a Veracruz para desde ahí iniciar su contraofensiva. Obregón se convirtió entonces en el líder indiscutible del grupo revolucionario.

La rebelión triunfante de 1920, como todas las anteriores, se comprometió de inmediato a celebrar elecciones. Las primeras estuvieron a cargo del propio Congreso y su objetivo fue designar al presidente interino, quien ejercería el poder ejecutivo de junio a noviembre. Adolfo de la Huerta, gobernador de Sonora y líder nominal del movimiento rebelde resultó electo con 224 votos, o sea el 88%; Pablo González recibió el resto. De la Huerta tuvo ante sí dos tareas: en primer lugar, pacificar al país incorporando a los grupos que todavía permanecían en rebelión al carro de los triunfadores o sometidos por la fuerza; la segunda era preparar las elecciones constitucionales, en las cuales el triunfo de Obregón como candidato oficial se daba por descontado.

A partir de la victoria militar de los sonorenses, Obregón se convirtió en el centro

del sistema político y cualquier oposición, electoral o de otro tipo, tenía muy pocas posibilidades de éxito; así lo comprendieron Bonillas y Pablo González, quienes se retiraron del panorama político de manera un tanto forzada. Después de haber sido acusado de preparar una rebelión, Pablo González salió de México rumbo al exilio. Pese a ello, Obregón no se encontró solo en la arena electoral, pues en calidad de adversario se presentó un contendiente bastante improbable: el ingeniero Alfredo Robles Domínguez, antiguo maderista y a quien a mediados de julio postuló como candidato presidencial el Partido Nacional Republicano, organización dirigida por Rafael Ceniceros. Un poco más tarde, Robles Domínguez también fue respaldado por los remanentes del Partido Católico, en lo que sería una de las últimas acciones electorales de esa organización que se había ganado el antagonismo de los círculos revolucionarios. La candidatura de Robles Domínguez resultó muy apropiada para dar a la elección de Obregón un ligero tinte de lucha partidista y para presentar al candidato opositor como el abanderado de la reacción.²⁴ La campaña estuvo salpicada de un lenguaje sonoro y emotivo. A la acusación de reaccionario, Robles Domínguez respondió descalificando a su contrincante por ser autor de "cuartelazos" y cuya candidatura era, por tanto, ilegítima e ilegal.²⁵ Las elecciones tuvieron lugar en la primera semana de septiembre y, como las anteriores, no se distinguieron por lo concurridas ni por el entusiasmo de los votantes.²⁶ De todas maneras, y según las cifras oficiales, Obregón triunfó con 1 131 751 votos, es decir, el 95% de los sufragios totales.²⁷

El PLC obtuvo la mayoría de los escaños en el Congreso. Es quizás en este momento cuando la autonomía relativa que el poder legislativo había mostrado empezó a declinar, aunque el cambio no fue brusco ni evidente para todos, pues aún había una pluralidad de partidos representados en esa institución.

1924: otra rebelión y otra elección

La rebelión de Aguaprieta fue el último movimiento militar que triunfó en México, pero no el último que se intentó. Sería necesaria la experiencia acumulada de varias rebeliones fallidas más para que la ruta violenta hacia el poder fuera considerada inviable por los miembros de la "familia revolucionaria". Durante el cuatrienio del general Obregón, la estabilidad política de México fue relativa y en todo caso precaria. La falta de reconocimiento del gobierno de Obregón por parte de Estados Unidos mantuvo por tres años la posibilidad de una rebelión encabezada y organizada por algunos de los numerosos enemigos del régimen que se encontraban al otro lado de la frontera norte. Sólo al finalizar 1923 y tras la concertación entre los presidentes de México y Estados Unidos de los llamados Acuerdos de Bucareli, este peligro se desvaneció. De todas formas, la gran autonomía de que gozaban muchos de los comandantes de las jefaturas de operaciones militares los hacía líderes potenciales de una asonada, sobre todo si la selección del sucesor de Obregón en la Presidencia frus-

²⁴ Véanse, por ejemplo, las declaraciones del general Plutarco Elías Calles, en *El Universal*, 21 de julio de 1920.

²⁵ *El Universal*, 2 de septiembre de 1920.

²⁶ *El Universal*, 6 de septiembre de 1920.

²⁷ Mario Ramírez Rancaño, *op. cit.*, p. 289.

traba sus aspiraciones políticas. De ahí que todos los interesados siguieran con gran atención el proceso de sucesión cuando éste entró en su fase decisiva, en la segunda mitad de 1923. Fue entonces cuando el Partido Socialista del Sureste (PSS), una organización fuerte, formada en 1918, y heredera del Partido Socialista de Yucatán, declaró al general sonoreense Plutarco Elías Calles, a la sazón secretario de Gobernación, como su candidato a la Presidencia. En poco tiempo se hizo evidente que Obregón apoyaba esta candidatura y el 5 de septiembre de 1923 Calles aceptó formalmente su postulación.

Sin embargo, la organización con mayor fuerza en el Congreso en ese momento, el Partido Nacional Cooperatista, no pudo llegar a un acuerdo con Obregón en relación con ciertas gubernaturas, y por ello se inclinó abiertamente por apoyar la candidatura de Adolfo de la Huerta, entonces secretario de Hacienda. En octubre, y a instancias de los cooperatistas, se creó el Comité pro de la Huerta; tras muchos titubeos, el secretario de Hacienda abandonó su puesto en el gabinete y aceptó ser el candidato de oposición. Sin embargo, de la Huerta y sobre todo sus partidarios, entre los que se encontraban importantes jefes militares con mando de tropa, consideraron inútil esperar hasta las elecciones para reclamar el poder (sabían de antemano que los resultados oficiales irían en su contra), y al finalizar noviembre y en los primeros días de diciembre se inició una rebelión militar a cuyo frente, aunque sólo de manera formal, se encontraba de la Huerta. El 7 de diciembre, en un mensaje radiado desde Veracruz, el líder rebelde acusó a su coterráneo, Obregón, de haber provocado la nueva lucha civil por haber violado reiteradamente la voluntad popular en los comicios de San Luis Potosí, Michoacán, Zacatecas y Coahuila, además de tratar de imponer por la fuerza la candidatura "antipopular" de Calles, cuyo fin último era preparar su reelección en 1928. En realidad este movimiento rebelde nada tuvo que ver con la democracia. Se trató, básicamente, de un conflicto por el ejercicio del poder entre los jefes militares del nuevo régimen, sin mayor contenido ideológico o social.

Para el mes de marzo de 1924, Obregón y sus generales habían quebrado la espina dorsal de la rebelión y Calles pudo iniciar una campaña electoral formal. Fue entonces cuando surgió el Centro Director de la Campaña pro Calles, en el cual se encontraba representado no sólo el PSS, sino también el Partido Laborista y el Partido Nacional Agrarista, este último formado en 1920 por civiles afiliados al zapatismo. La coalición que apoyó a Calles tenía la representación de las principales organizaciones de trabajadores que entonces existían en el país. Surgió así la imagen de un Calles radical, con simpatías por el socialismo y que por un tiempo causó intranquilidad entre los hacendados y entre los inversionistas extranjeros.

La derrota de los delahuertistas marcó el final del Partido Cooperatista, que a su vez había sido instrumento decisivo en la destrucción del Partido Liberal Constitucionalista. La campaña electoral de 1924 tampoco significó la confrontación de corrientes políticas diversas, sino que sólo fue la reafirmación de Calles como el sucesor de Obregón. Igual que en 1920, el candidato oficial no se encontró enteramente solo en el escenario político sino que surgió un "rival" con el cual fue posible cruzar espadas sin temor a ninguna derrota. En realidad, el general Ángel Flores, ex gobernador de Sonora, y su Unión Patriótica Electoral no fueron nunca contendientes con posibilidades de triunfo. Para algunos observadores, el verdadero propósito de la presencia de Flores en la arena electoral fue proporcionar la apariencia de una campaña democrática en circunstancias donde sencillamente no había posibi-

lidades de selección.²⁸ Los comicios se llevaron a cabo como estaba previsto, aunque no sin que se registraran algunos incidentes violentos entre las facciones rivales. El resultado final debió sorprender a muy pocos. Calles obtuvo 1 340 634 votos (84%), en tanto que el general Flores recibió apenas 252 599; esta vez el candidato oficial triunfó por un margen menos espectacular y por ello más realista que el de sus predecesores.²⁹

1928: una reelección frustrada

Como ya se apuntó, desde 1923 de la Huerta acusó a Obregón de estar preparando su reelección para 1928. Esta predicción debió basarse, entre otras cosas, en una observación bastante obvia: la incompatibilidad entre la naturaleza del liderazgo personalista y caudillista de la Revolución en esos años y la estructura legal-institucional que se pretendía dar al sistema. La preeminencia política de Obregón era tal que se mantuvo incluso después de dejar el cargo presidencial, pero también resultaba claro entonces que si este liderazgo político iba a persistir, era necesario que el gran caudillo sonoreense no se alejara permanentemente de lo que era el centro natural de todo el sistema de poder que estaba surgiendo en México: la Presidencia. Ahora bien, ésta no era una tarea fácil, ya que en el origen de la Revolución, y por lo tanto de su legitimidad, se encontraba el principio maderista de la no reelección. Es quizá por ello que en el gobierno de Calles muy temprano, desde 1926, empezaron a actuar grupos y fuerzas interesados en asegurar que no habría reelección. El Presidente llamó entonces a la formación de una "alianza de partidos socialistas", para iniciar el proceso de consolidación de los innumerables partidos que existían entonces, muchos de ellos sólo de membrete. El objetivo de Calles era dar forma, desde el gobierno, a una organización permanente que preparara la candidatura oficial en 1928 y las futuras. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron y este intento por unir en una sola organización las fuerzas que apoyaban al gobierno debió de esperar.

La acción de quienes buscaban un candidato viable distinto de Obregón para suceder a Calles se empezó a centrar desde ese mismo año (1926) alrededor de dos figuras importantes del propio "grupo de Sonora": los generales Arnulfo R. Gómez, jefe de las operaciones militares en Veracruz, y Francisco R. Serrano, el joven secretario de la Guerra. A Gómez se le identificó con las preferencias de Calles en tanto que a Serrano con las de Obregón. Una nueva cuarteadura en la estructura de la élite del poder se empezó a dibujar, pero lo que pudo ser el germen de un bipartidismo pronto se transformó en una alianza de hecho entre los dos candidatos militares. La razón de la alianza de Serrano y Gómez fue que pese a la oposición inicial de Morones y de los laboristas, el Congreso terminó por aceptar, el 22 de enero de 1927, una modificación al párrafo segundo del artículo 83 constitucional, que abría la posibilidad de la reelección para el cargo de presidente por una sola vez y siempre y cuando ésta no fuera inmediata. Al año siguiente, se eliminó el límite que sólo permitía una reelección aunque se mantuvo la necesidad de que ésta no fuera inmediata; además, en octubre de ese año, el Congreso decidió volver a extender el período presidencial de cuatro a seis años. Para todos quedó claro que Obregón, con el respaldo de Calles,

²⁸ John W.F. Dulles, *Yesterday in Mexico*, Austin, The University of Texas Press, 1961, p. 265.

²⁹ Mario Ramírez Rancaño, *op. cit.*, p. 289.

se proponía volver a ocupar la silla presidencial y quizá por varias veces más. Sin embargo, las ambiciones presidenciales que ya se habían despertado en otros líderes militares no desaparecieron sino que se agudizaron.

Las fuerzas antiobregonistas empezaron a tomar forma. Vito Alessio Robles reactivó al Partido Nacional Antirreeleccionista con todo su legado maderista y el 23 de junio de 1927 se pronunció en favor de la candidatura del general Arnulfo R. Gómez. Serrano, por su parte, propició la creación de un Partido Nacional Revolucionario para respaldar su propia candidatura. Finalmente, Álvaro Obregón anunció formalmente el 26 de junio lo que ya se esperaba: que él sería el candidato oficial en la próxima contienda electoral. El general Aarón Sáenz quedó al frente del Centro Director Obregonista, organismo cúpula que coordinaría la campaña del caudillo. El Partido Laborista, sin mucho entusiasmo, y el Partido Nacional Agrarista, con mucho más, se sumaron al bando obregonista. Durante julio y agosto, serranistas y gomistas atacaron al unísono y con brío a Obregón y a los suyos, acusándolos de "corruptos" y traidores al "espíritu de la Revolución". Las baterías de los obregonistas no se quedaron en silencio y contestaron motejando a sus opositores de representantes acabados de la "reacción", sin importar que apenas meses antes hubieran ocupado puestos clave en el gobierno.

La campaña electoral no tardó en sufrir un cambio radical, el cual ya era esperado por Obregón y Calles, entre otros. El cambio se debió a que Serrano y Gómez, siguiendo ejemplos anteriores, decidieron dejar a un lado los enfrentamientos verbales para pasar al terreno de los hechos. En octubre los dos generales opositores intentaron combinar fuerzas para dar un golpe militar pero éste fracasó. Serrano fue hecho prisionero de inmediato en Cuernavaca y fusilado sin mayores formalismos junto con prácticamente todos sus acompañantes; Gómez, después de una serie de acciones de poca monta en Veracruz, fue también hecho prisionero, juzgado de manera sumaria y fusilado.

A partir del triunfo del gobierno sobre los golpistas, la reelección de Obregón quedó plenamente asegurada, aunque el ambiente político siguió tenso, entre otras cosas porque continuaban las fricciones entre los laboristas de Morones y Obregón. Además, la oposición armada de los rebeldes cristeros, cuya lucha se había iniciado en 1926, parecía constituir un problema sin solución —ninguno de los contendientes podía eliminar al otro— que seguía mermando los recursos materiales y políticos del régimen. Obregón y su organización fueron blanco de varios atentados perpetrados por católicos, pues éstos suponían que el caudillo sonoreense continuaría la política anticlesiástica de Calles. En este ambiente, se celebraron las elecciones para presidente y legisladores federales el 1 de julio de 1928. Obregón era el candidato único y su triunfo fue absoluto: 1 670 453 votos para él y ninguno para nadie más.³⁰ Las únicas protestas que hubo ante un triunfo formal tan aplastante partieron de algunos de los candidatos a diputados y senadores que no tuvieron el aval del gobierno, pero nada más.³¹

El general Obregón nunca llegó a ocupar por segunda vez la Presidencia, pues a los pocos días de haber logrado su triunfo electoral, el 17 de julio, y durante un acto en que se celebraba su victoria, fue asesinado por un militante católico, y con su muerte todo el sistema político pareció sumirse en una crisis de liderazgo. En tan-

³⁰ *Ibid.*, p. 290.

³¹ *Excelsior*, 10 de junio de 1928.

to que el Presidente y los otros líderes políticos y militares negociaban una solución sustantiva al vacío creado por la desaparición del caudillo, Calles logró que de momento se aceptara a Emilio Portes Gil, un hábil político tamaulipeco y líder del Partido Socialista Fronterizo, como presidente provisional. Portes Gil fue electo por el Congreso el 25 de septiembre de 1928 por 277 votos y dos abstenciones; estas últimas fueron muy significativas, pues se trató de Aurelio Manrique y de Antonio Díaz Soto y Gama, dos de los principales dirigentes del Partido Nacional Agrarista. Desde ese momento quedó claro que el liderazgo de Calles no iba a ser aceptado fácilmente por todos los antiguos obregonistas.

1929: un candidato desconocido y un partido poderoso

La aceptación de Portes Gil por parte de la élite política como presidente provisional significó una tregua en la lucha que dividía a la familia revolucionaria, pero de ninguna manera la solución definitiva de ese problema. La prueba de fuego de la coalición gobernante fue la selección del presidente constitucional que debería completar el sexenio para el cual se había elegido a Obregón; la celebración de estos nuevos comicios se fijó para el 20 de noviembre de 1929.

El presidente Calles, sobre quien recaía la sospecha —nunca fundada— de ser el autor intelectual del asesinato de Obregón, procedió con rapidez y habilidad. En su último informe al Congreso, el 10 de septiembre de 1928, propuso como paso necesario y fundamental para superar la crisis del caudillismo en general lo que ya había esbozado en 1926: la formación de un gran partido oficial que sirviera de base institucional para la continuidad del régimen de la Revolución. Casi inmediatamente después de entregar la banda presidencial a Portes Gil, el 10 de diciembre, Calles hizo saber que se había iniciado la organización de un comité que prepararía un proyecto de estatutos que servirían de base al nuevo partido. Este comité quedó formado, además de Calles, por Aarón Sáenz, Luis L. León, Manuel Pérez Treviño, Basilio Vadillo, Bartolomé García, Manlio Fabio Altamirano y David Orozco. Calles pretendía aprovechar la crisis para dar forma y estructura permanentes a la coalición de todos los partidos y agrupaciones "revolucionarios" existentes. La meta formal del nuevo partido era poder defender con éxito en el campo electoral el derecho de los "revolucionarios" a gobernar por ser ellos la corriente mayoritaria; sin embargo, la verdadera meta tenía menos que ver con las actividades electorales en cuanto tales —se daba por descontado que el gobierno seguiría imponiendo sus candidatos— y más con la necesidad de establecer un mecanismo que disciplinara los procesos internos de la "familia revolucionaria". Calles no permaneció mucho tiempo al frente de los organizadores del partido, pues el 8 de diciembre, después de un enfrentamiento entre Portes Gil y Morones, anunció su retiro "a la vida privada". En realidad el ex presidente simplemente dejó el puesto formal de jefe del partido oficial para no verse envuelto en los múltiples problemas cotidianos, poder estar por "encima" de ellos y consolidar una posición de árbitro final, inapelable, y eje del sistema político; claro que para ello necesitaría neutralizar la fuerza del centro natural del poder en México: la Presidencia.

Mientras los organizadores del partido oficial, el Partido Nacional Revolucionario (PNR), preparaban la primera convención nacional para principios de marzo de 1929, en donde deberían aprobarse los estatutos y seleccionar al candidato a la Presi-

dencia, Calles logró que todos los generales con mando de tropa aceptaran permanecer en sus puestos, con lo cual quedaron constitucionalmente impedidos para ser candidatos en las próximas elecciones. Con esta medida, la notable disciplina que habría de caracterizar al partido en el futuro empezaba a gestarse. Sin embargo, por fuera de este círculo que rodeaba a Calles se empezaron a mover fuerzas que desafiarían sus directrices. Desde diciembre de 1928, Gilberto Valenzuela, signatario del Plan de Aguaprieta y ex secretario de Gobernación de Calles, había iniciado la organización de antiguos obregonistas descontentos con las "imposiciones" de Calles. Para febrero de 1929, Valenzuela era ya candidato independiente a la Presidencia y su retórica anticallista coloreó el ambiente. Valenzuela no se moderó en su lenguaje y en repetidas ocasiones calificó a Calles de "Borgia", cobarde, corrupto, nefasto y de otras cosas por el estilo.³² Las pasiones parecían desbordarse.

Valenzuela no fue el único miembro de la "familia revolucionaria" que se lanzó a la contienda electoral en calidad de opositor; también lo hizo el general Antonio I. Villarreal, quien por un tiempo fue secretario de Agricultura de Obregón, pero que terminó como partidario de la Huerta en 1923. Finalmente, estaba José Vasconcelos, el dinámico secretario de Educación de Obregón que, tiempo atrás, y en relación con la gubernatura de Oaxaca, había roto lanzas con el caudillo y con Calles. En los tres casos se trató de una oposición abiertamente anticallista pero dentro de ese amplio y difuso mundo que constituía "la Revolución". En realidad la única oposición fuera de esta corriente provino del Partido Comunista, que postuló al general Pedro Rodríguez Triana; pero esta candidatura fue simbólica pues su capacidad de movilización era muy limitada.

La oposición electoral no debió preocupar mucho a Calles y los suyos; para ellos el peligro real e inmediato lo constituía un grupo de militares con mando de tropa, que a cada oportunidad reafirmaban su lealtad al gobierno, pero que en realidad parecían decididos a enfrentarse a Calles y a Portes Gil por la vía más expedita: la rebelión. Desde diciembre de 1928 empezaron sus preparativos para asaltar el poder los generales José Gonzalo Escobar, Fausto Topete, Jesús M. Aguirre, Francisco Manzo, Marcelo Caraveo y Roberto Cruz, entre otros. Sus planes, aunque secretos, no lo fueron tanto como para impedir que Calles y el Presidente los llegaran a conocer casi desde el principio.

Mientras los militares desafectos daban forma a su proyecto de sublevación, la organización del PNR seguía adelante con la afiliación de centenares de partidos —en su mayoría locales— a la gran "alianza revolucionaria"; la notable excepción en este proceso era el Partido Laborista. La mayoría de los enterados de la marcha de la política palaciega suponían que Aarón Sáenz sería el candidato del nuevo partido oficial, aunque quizás algunos debieron haber tomado nota de que el ingeniero y general Pascual Ortiz Rubio, antiguo gobernador de Michoacán y hasta hacía poco ministro de México en Brasil, había llegado al país, pero no había asumido ningún puesto en el gabinete de Portes Gil, como se había supuesto; por tanto, y teóricamente, Ortiz Rubio podía aspirar a la postulación oficial. En realidad, el michoacano carecía de una base sustantiva y propia de poder, pero eso era precisamente lo que podía resultar atractivo para Calles, pues en caso de llegar a la Presidencia, la capacidad de acción de Ortiz Rubio dependería en gran medida del apoyo que le die-

³² John W.F. Dulles, *op. cit.*, p. 416.

ran el sonorenses y quienes lo rodeaban. Sin embargo, por el momento la candidatura de Sáenz parecía asegurada.

La campaña política siguió adelante. Valenzuela buscó el apoyo de aquellos obregonistas que no habían podido o querido llegar a un arreglo con Calles. Villarreal apenas contó con apoyos de su estado natal, Nuevo León, donde surgieron organizaciones como el Centro Antirreeleccionista de Nuevo León o el Partido Social Republicano. Vasconcelos, por su parte, buscó y logró dar forma a una coalición más amplia y con ramificaciones en todo el país. Las organizaciones cúpula del vasconcelismo —en las que abundaron los jóvenes universitarios— fueron el Frente Nacional Renovador y el Comité Orientador pro Vasconcelos, a cuya cabeza se encontraban Octavio Medellín Ostos y Abraham Arellano, respectivamente; a estas dos organizaciones se unió una tercera, aunque más pequeña, de origen maderista: el Centro Revolucionario de Principios. Más adelante, y cuando la campaña electoral se encontraba en un punto decisivo, Vasconcelos fue designado también candidato del Partido Nacional Antirreeleccionista, donde había un buen grupo de políticos profesionales.³³

Al iniciarse el mes de marzo de 1929, los delegados a la convención constitutiva del PNR en Querétaro fueron notificados por los representantes de Calles de que, pese a que apenas unos días atrás la mayoría de ellos se había manifestado "sólidamente" en favor de la candidatura de Sáenz, ahora deberían otorgar su voto a Pascual Ortiz Rubio; así lo hicieron y en la selección de su candidato los miembros del PNR volvieron a dar muestras de una disciplina ejemplar frente a sus jefes.³⁴ Sáenz y sus partidarios más cercanos abandonaron la asamblea haciendo estruendosas pero vagas acusaciones contra los dirigentes del partido, pero a fin de cuentas aceptaron el hecho y más tarde se reintegraron al PNR para ser recompensados con cargos administrativos y favores gubernamentales. Con Ortiz Rubio, Calles hizo lo que Carranza no pudo hacer con Bonillas: imponer como candidato a alguien que, por carecer de poder propio, iba a depender de él. Se tiene entonces el primer caso de lo que años más tarde se denominaría "el tapado".

Justamente cuando se negociaba y formalizaba la existencia del PNR en Querétaro, estalló la tan esperada y temida revuelta militar, encabezada por el general Gonzalo Escobar. El gobierno federal debió entonces hacer frente tanto a la sublevación de una parte sustancial del ejército como a la persistente rebelión cristera y a la lucha electoral. En este último campo la oposición quedó muy pronto reducida a Pedro Rodríguez Triana y a Vasconcelos, pues Valenzuela se unió a los rebeldes escobaristas y Villarreal abandonó el campo. Sin embargo, lo que se perdió en el número de candidatos opositores se ganó en calidad y entusiasmo, pues el vasconcelismo pudo movilizar a grupos cada vez más numerosos, sobre todo en las ciudades.

Los militares rebeldes, como era natural acostumbrado en esos casos, trataron de legitimar su levantamiento acusando a Calles de ser nada menos que el "Judas de la Revolución" y de preparar una maniobra impositonista y antidemocrática pa-

³³ La naturaleza de las organizaciones vasconcelistas se encuentra bien presentada en John W.F. Dulles, *op. cit.*, pp. 419-420, y en John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 104-108.

³⁴ En relación con los procesos que llevaron a la formación del PNR y a la designación de Pascual Ortiz Rubio como candidato oficial, véase Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Historia de la Revolución mexicana*, t. 12: *Los inicios de la institucionalización. La política del maximato*, México, El Colegio de México, 1978, pp. 36-63.

ra burlar en las elecciones la voluntad del pueblo. En realidad, la acción de los militares era otra vez una lucha personalista y por el ejercicio del poder, sin ningún programa alternativo frente al gobierno. Para abril, la derrota de los insurrectos era un hecho consumado y la pacificación del país avanzó aún más con el acuerdo a que llegaron en junio el gobierno y la Iglesia y que puso punto final a la rebelión cristera. El gobierno pudo entonces concentrar sus energías en hacer una movilización popular para transformar a Ortiz Rubio en un candidato viable. La campaña de Vasconcelos, por su parte, siguió generando entusiasmo genuino en sus jóvenes activistas; se caracterizó por una participación notable de las mujeres —Vasconcelos apoyaba el sufragio femenino— y por un tema recurrente: la necesidad de un cambio profundo, de una renovación de la moral política y social de México, corrompida al extremo por Calles y por quienes le rodeaban. Así pues, la oposición desarrolló una campaña de notable contenido ético.³⁵ Aunque en repetidas ocasiones Portes Gil afirmó el propósito de su gobierno de respetar escrupulosamente los derechos de la oposición, la verdad es que la acción de los vasconcelistas fue sistemáticamente hostigada por las autoridades; los actos masivos de los vasconcelistas en por lo menos ocho estados y en la propia capital de la República fueron blanco de una violencia que incluso llegó al asesinato.³⁶

Los recursos de los contendientes resultaron ser, como en el pasado, bastante desiguales. Los fondos del vasconcelismo provinieron básicamente de colectas populares y de algunas donaciones de personas acomodadas, como Manuel Gómez Morín, Federico González de la Garza o Luis Cabrera.³⁷ Los recursos del PNR, en cambio, los facilitaron las autoridades nacionales y locales, así como una deducción salarial a la burocracia gubernamental que decretó Portes Gil equivalente a siete días de sueldo por año.

Vasconcelos y los dirigentes de su campaña no parecen haber abrigado muchas esperanzas en relación con el respeto que las autoridades habrían de mostrar por el sufragio, y desde julio empezaron a trazar planes —bastante vagos por cierto— para iniciar una rebelión una vez que el proceso electoral desembocara en el previsible fraude.³⁸ Como la campaña, y a pesar de la abrumadora presencia del ejército y la policía en las calles, las elecciones también se vieron marcadas por la violencia; sólo en la ciudad de México se reportaron nueve muertos y diecinueve heridos; tiempo después se conocería el asesinato masivo de vasconcelistas en Topilejo.

Los resultados oficiales fueron rechazados por los vasconcelistas, quienes los calificaron de fraudulentos. Y no cabe duda de que había razones para ello. De acuerdo con los cómputos oficiales, el poco carismático Ortiz Rubio recibió más del 93% de los 2 082 106 sufragios emitidos, en tanto que a Vasconcelos, que era una figura pública de prestigio nacional e internacional y a cuyos mítines en la ciudad de México habían acudido más de 100 000 personas, sólo se le atribuyó nacionalmente la pequeña cantidad de 110 979 votos.³⁹ La respuesta de los derrotados fue el Manifiesto de Guaymas del 10 de diciembre de 1929. En ese documento, el ex secretario de Educación aseguraba que había sido víctima de un gran fraude electoral, y acusó

³⁵ John Skirius, *op. cit.*, pp. 207-220; *Excélsior*, 7 de octubre de 1929.

³⁶ *Excélsior*, 11 de noviembre de 1929.

³⁷ John W.F. Dulles, *op. cit.*, p. 472.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ Las cifras electorales se encuentran en Mario Ramírez Rancaño, *op. cit.*, p. 291; los alegatos del fraude electoral en John Skirius, *op. cit.*, pp. 165-166.

tanto a Calles como al embajador norteamericano de haberle arrebatado la Presidencia; el documento concluía con un apasionado llamado a sus partidarios para acudir a las armas como la única vía para hacer respetar la voluntad popular. Vasconcelos, que se designó a sí mismo "presidente electo", salió del país en espera de que un levantamiento más o menos espontáneo hiciera lo que no habían logrado ni los militares escobaristas ni los cristeros: arrancar por la fuerza el poder a Calles.⁴⁰ Obviamente, la "revolución vasconcelista" nunca tuvo lugar y Ortiz Rubio asumió la Presidencia constitucional el 5 de febrero de 1930.

El ingeniero y general michoacano disfrutó poco de su nuevo poder. En primer lugar, su legitimidad no era mucha, y en segundo lugar fue víctima de un atentado inmediatamente después del acto de toma de posesión. Cuando pasadas unas semanas recuperó la salud, encontró que el control de su gabinete —y por ende de todo el proceso político que supuestamente correspondía al presidente— estaba en manos de Calles. Esta diarquía y la crisis económica mundial que tuvo lugar entonces produjeron una seria constante de crisis y contradicciones en la cúpula del poder que desembocaron en la renuncia de Ortiz Rubio a su cargo de presidente el 2 de septiembre de 1932; poco después el ex presidente salió del país y se estableció en Estados Unidos. Con la venia de Calles, el Congreso designó entonces al general Abelardo L. Rodríguez, a la sazón secretario de Industria, Comercio y Trabajo, para que completara los dos años y tres meses que aún faltaban para concluir el mandato. Rodríguez, además de ser un empresario próspero, era un hombre de la plena confianza de Calles. El nuevo presidente se concentró en la tarea de administrar el país en tanto que Calles, tras bambalinas, siguió tomando las decisiones políticas básicas. Las crisis políticas casi desaparecieron, la economía empezó a recuperarse y el mundo político recobró cierta calma. Fue en estas circunstancias como el país llegó a 1933, momento en que el problema de la sucesión presidencial volvió a sacudir a los profesionales de la política.

1934: una elección sin contratiempos y un sexenio espectacular

En marzo de 1933 y a iniciativa del PNR, o sea de Calles, el Congreso aprobó una enmienda a la constitución por medio de la cual se volvía a poner en vigor el principio de la no reelección para los cargos de presidente y gobernador. Para ese momento, la precampaña en el seno del partido oficial se había iniciado abiertamente. Para entonces el PNR no era ya una alianza de innumerables partidos —la mayoría habían desaparecido— sino un partido con afiliación directa y que seleccionaba a sus candidatos en asambleas públicas, siempre ruidosas y no siempre pacíficas. En 1933 los aspirantes a recibir el respaldo del PNR —y de Calles— para las próximas elecciones presidenciales eran realmente dos, ambos generales y ambos personas muy cercanas al "jefe máximo". Se trataba, en el primer caso, de Manuel Pérez Treviño, en ese momento presidente del PNR y pieza clave en todas las maniobras que le habían dado a Calles el control político del país, tras la desaparición de Obregón. El otro era el general de división Lázaro Cárdenas del Río, quien como joven oficial y jefe revolucionario había servido en el pasado a las órdenes directas de Calles, había sido más tarde gobernador de Michoacán, por breve tiempo presidente del PNR y finalmente

⁴⁰ *Excélsior*, 3 de diciembre de 1929.

secretario de Guerra durante la gestión del presidente Abelardo Rodríguez.

Pérez Treviño había hecho la parte sustancial de su carrera fuera del ejército, en los corredores de Palacio, en tanto que Cárdenas se había concentrado en las actividades militares, por lo que tenía un mayor conocimiento del ejército y contaba con el apoyo de un buen número de generales y jefes. Pérez Treviño tenía en su favor, en cambio, lo que empezaba a delinarse como la burocracia política de la Revolución. La actuación política de Cárdenas, sobre todo en Michoacán, mostraba la preferencia de este joven general por cimentar su acción en organizaciones masivas de campesinos y obreros, en tanto que Pérez Treviño se inclinaba más por una política de élites de exclusión de las masas y de aceptación del *statu quo* (precisamente lo que favorecían los llamados "veteranos de la Revolución"). Obviamente, los cuadros políticos intermedios que habían basado su acceso a los círculos del poder en la organización de masas, en especial campesinas, y que por tanto veían en éstas y en la reforma agraria la mejor manera de consolidar y mejorar tanto su posición como la del grupo revolucionario en su conjunto, consideraron a Cárdenas su mejor opción. Por ello, Portes Gil, con apoyo de Saturnino Cedillo, el poderoso cacique de San Luis Potosí, y en unión de otros miembros del ala "agrarista" del PNR, organizaron la Confederación Campesina Mexicana y empezaron a sumar activa y abiertamente apoyos para Cárdenas ante Calles.⁴¹ Desde luego que no fueron éstos los únicos pronunciamientos en favor de Cárdenas. En el corto plazo quizá fueron otros los decisivos, en especial el del hijo del "jefe máximo" y gobernador de Sonora, Rodolfo Elías Calles. Otros gobernadores, en cambio, se mostraron en favor de Pérez Treviño y en el seno del Congreso se formaron claramente dos bloques: uno cardenista y otro pereztreviñista. La abierta toma de posiciones de la élite gobernante hizo que una vez más el sistema experimentara una gran tensión, aunque por fortuna esta vez el ejército como tal se mantuvo al margen. El 12 de mayo de 1933, Pérez Treviño renunció a la presidencia del PNR y se lanzó de lleno a organizar sus apoyos; tres días más tarde, Cárdenas hizo lo mismo en relación con la Secretaría de Guerra. Calles no podía retardar mucho una toma de posición. En efecto, el "jefe máximo" hizo saber entonces a sus allegados que Cárdenas sería el mejor candidato del PNR. Una calma chicha retornó a los círculos gobernantes; Pérez Treviño aceptó la decisión y retiró su precandidatura y de la noche a la mañana prácticamente todo el mundo político oficial se declaró cardenista.

Despejada la incógnita de quién sería el candidato oficial, el Presidente, con la aprobación de Calles, pidió a varios miembros del gabinete su cooperación para la elaboración de un proyecto de plataforma política para el candidato del PNR —el famoso Plan Sexenal—, el cual debería ser sometido a la segunda convención del partido, que se reuniría en el Teatro de la República en Querétaro en diciembre, para aprobar los objetivos del próximo gobierno y después "seleccionar" su candidato. De hecho, dentro y fuera de los círculos gubernamentales se esperaba que los delegados simplemente aceptaran lo que los dirigentes del partido propusieran a la

⁴¹ En torno a la gestación de la candidatura presidencial del general Lázaro Cárdenas se puede ver, entre otros, Lorenzo Meyer, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *op. cit.*, pp. 273-292; Romana Falcón, "El surgimiento del agrarismo cardenista. Una revisión de las tesis populistas", en *Historia Mexicana*, xxviii, núm. 3, enero-marzo de 1978, pp. 375-384; Luis González y González, *Historia de la Revolución mexicana*, t. 14: *Los artifices del cardenismo*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 232-233; Alicia Hernández, *Historia de la Revolución mexicana*, t. 16: *La mecánica cardenista*, México, El Colegio de México, 1979, pp. 33-38.

asamblea.⁴² El 6 de agosto, y de acuerdo con los estatutos, se celebraron en todo el país las elecciones primarias multitudinarias internas del PNR para elegir en el nivel municipal a los delegados del partido a las convenciones estatales; una vez pasada esta movilización, las convenciones estatales designaron a sus representantes para la convención nacional del 3 de diciembre. Desde luego, todos los seleccionados se declararon en favor de Cárdenas, que era el único precandidato, aunque nadie, fuera de Calles, podía estar plenamente seguro de que no habría un cambio de última hora tal y como había ocurrido en marzo de 1929. Sin embargo, esta vez no hubo sorpresas: el Plan Sexenal, con modificaciones que lo hicieron más radical —apoyaba una reforma agraria sustantiva, el rescate de los recursos naturales así como una acción obrera militante—, fue aprobado y Cárdenas —propuesto directamente por Manuel Pérez Treviño— fue el candidato unánime de los delegados.⁴³

La oposición al PNR no contó esta vez con ningún Vasconcelos, lo cual no impidió que ciertas fuerzas externas al PNR se movilizaran durante la campaña electoral. Para empezar, el Partido Laborista había celebrado desde junio una convención para seleccionar a su candidato; entre los postulados se encontraban el propio líder del partido, Luis N. Morones, el coronel Adalberto Tejeda, conocido por su radical acción agraria cuando fue gobernador de Veracruz, el general y líder obrero Celestino Gasca y el propio general Cárdenas. En un rasgo de realismo, y pese a las diferencias de ese partido con Calles, los laboristas designaron como su candidato a Cárdenas. Sin embargo, este pragmatismo no fue común a todos. Para octubre, el coronel Tejeda había sido declarado candidato del pequeño Partido Socialista de las Izquierdas, en tanto que los antirreeleccionistas, que ya habían roto con Vasconcelos, se inclinaron primero por hacer su candidato a Luis Cabrera, pero al fin respaldaron al eterno opositor: Gilberto Valenzuela; desafortunadamente, la participación de Valenzuela en el levantamiento escobarista le impidió el retorno al país y por tanto los antirreeleccionistas se quedaron sin candidato. Otro disidente de la "familia revolucionaria", el general Antonio Villarreal, fue postulado por otra organización minúscula: la Confederación Revolucionaria de Partidos Independientes. Los nombres de Enrique Colunga y Aurelio Manrique simplemente circularon entre algunos grupos de oposición, pero nada más.⁴⁴

Desde diciembre de 1933, Cárdenas se lanzó a una campaña electoral que se singularizó por ser intensa y extensa, en donde puso el acento en los aspectos más progresistas del Plan Sexenal, es decir, en la necesidad de reivindicar el control de los recursos nacionales de manos extranjeras, hacer del ejido la forma principal de propiedad en el campo, respetar y apoyar los derechos sindicales y las demandas del movimiento obrero, canalizar recursos estatales a las cooperativas y acelerar los programas educativos respetando los lineamientos de la llamada "educación socialista". La prédica y el entusiasmo cardenista de estos meses no convencieron a todos. Los dirigentes de la Unión General de Obreros y Campesinos de México, por ejemplo, enfrascados en una política de agitación para consolidar un espacio político frente al capital y al gobierno, no vieron en Cárdenas sino un simple representante de Calles y en el Plan Sexenal un proyecto que abiertamente calificaron de fascista.

En este ambiente de falta de una oposición real, pero de agitación laboral y cam-

⁴² *Excelsior*, 3 de diciembre de 1933.

⁴³ *Excelsior*, 7 de diciembre de 1933.

⁴⁴ *Excelsior*, 8 de diciembre de 1933.

pesina que chocaba con una defensa abierta del *statu quo* por Calles y sus seguidores más cercanos, tuvieron lugar las elecciones de julio de 1934. El PNR había "prometido" más de un millón de votos para Cárdenas y cumplió con creces.⁴⁵ De acuerdo con los cómputos oficiales, el general Cárdenas recibió 2 225 000 votos, en tanto que a Villarreal se le atribuyeron 24 395, a Tejeda 16 037 y a Laborde la insignificante cifra de 539.⁴⁶ Sin embargo, y ante la sorpresa de muchos miembros de la élite política, Cárdenas puso en marcha de inmediato una política de masas similar a la que había seguido en Michoacán, lo que le llevó a consolidar el apoyo de los grupos agraristas y a ganar en poco tiempo el del movimiento obrero militante. Al finalizar 1935, el Presidente había logrado deshacerse de Calles y sus incondicionales, acumular un poder político sin precedentes e iniciar una serie de reformas socioeconómicas, que terminaron por alterar sustancialmente la estructura social y política de México en un lapso muy corto.

1940: entre moderados y conservadores, una elección agitada

De mediados de 1935 a principios de 1938, los cardenistas alentaron la organización y acción obreras y eliminaron a la centenaria hacienda como la estructura dominante en el agro mexicano y en su lugar colocaron al ejido, en particular el colectivo, y a la pequeña propiedad; también dieron forma a las dos grandes organizaciones de masas que iban a caracterizar al México del futuro: la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación Nacional Campesina (CNC); transformaron al PNR en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), al que organizaron con bases corporativas; por último, expropiaron la industria petrolera, hasta ese momento totalmente en manos extranjeras. Fue así como la Revolución mexicana llegó a su momento cumbre. En todo este proceso, Cárdenas y los suyos habían sido el factor decisivo de liderazgo y de formulación de las demandas de corte popular. Para 1938 llegaron a su límite las posibilidades de esta política, y a partir de entonces Cárdenas tuvo que hacer frente a una reacción creciente en contra de su política de cambios rápidos y sustantivos; esta reacción fue acelerada por la crisis económica y política desatada por la expropiación petrolera. La agitación tan notable que surgió a raíz de la campaña presidencial de 1939-1940 correspondió exactamente a la profundidad de las reformas que le habían precedido y a la reacción de los que se consideraron afectados por las mismas.

Desde 1938, y como un signo de los problemas crecientes que enfrentaba el proyecto cardenista, el partido oficial experimentó una verdadera explosión de precandidaturas, pues en su seno se empezaron a mover fuerzas lo mismo en favor de Luis I. Rodríguez, que de Francisco J. Múgica, Rafael Sánchez Tapia, Juan Andrew Almazán, Francisco Castillejo Nájera o de Manuel Ávila Camacho. Sin embargo, al finalizar el año, la lista de aspirantes se había reducido a tres: Múgica, Sánchez Tapia y Ávila Camacho; el resto resultó inviable dentro del partido oficial, ya fuera por falta de apoyos o por tener una imagen muy conservadora, como fue el caso del general Almazán. Tanto Ávila Camacho como Múgica eran miembros del gabinete —el primero secretario de Guerra y el segundo de Comunicaciones— y ambos

⁴⁵ *Excelsior*, 2 de junio de 1934.

⁴⁶ Mario Ramírez Rancaño, *op. cit.*, p. 292.

muy cercanos a Cárdenas. También lo era Sánchez Tapia, michoacano y comandante de la primera zona militar. Tanto Múgica como Ávila Camacho habían iniciado su carrera revolucionaria en las filas del carrancismo, en tanto que Sánchez Tapia venía del maderismo. Mientras Múgica, también michoacano, se ganó fama de impetuoso y radical, sobre todo a partir de su papel destacado en el Congreso Constituyente de 1916-1917, Ávila Camacho, poblano, había seguido un camino más lento, menos espectacular y dentro del ejército. Para 1938 Múgica representaba la continuación y profundización del cardenismo, y por tanto de la agudización del conflicto de clases y quizás internacional. Ávila Camacho, en cambio, se identificaba con el centro moderado y tenía el respaldo tanto del ejército como del grueso de la "clase política" y finalmente de Lombardo Toledano y de la poderosa CTM, que a esas alturas consideraban más prudente consolidar lo ganado que pretender avanzar en su lucha contra el capital. Sánchez Tapia fue calificado de conservador. En virtud de estas circunstancias, Cárdenas difícilmente hubiera podido imponer la candidatura de Múgica, en el supuesto caso de que ése hubiera sido su deseo; de ahí que se pronunciara por Ávila Camacho.⁴⁷

El 14 de junio de 1939, Múgica anunció el retiro de su precandidatura. Sánchez Tapia simplemente no aceptó la disciplina del partido y fue nombrado candidato del llamado Centro Unificador, pero sin ninguna probabilidad de triunfo. A partir de entonces, toda la maquinaria del partido oficial y del gobierno se concentró en preparar la selección de Ávila Camacho (formalmente la decisión de respaldar a Ávila Camacho aún estaba por hacerse y dependía de los cuatro sectores que formaban la estructura del PRM, es decir, el obrero, el militar, el campesino y el popular, pero de hecho ya se había decidido) y sobre todo en lograr una victoria electoral creíble sobre una oposición que se mostraba cada vez más beligerante. En la convención nacional del PRM del primero de noviembre, y ante la sorpresa de nadie, sin mayores dificultades Ávila Camacho fue designado candidato a la Presidencia, a la vez que se aprobó como su plataforma electoral el Segundo Plan Sexenal,⁴⁸ que en un principio no difería mucho del primero, pero que justamente por ello el flamante candidato del PRM pronto dejó a un lado para poner el acento en aquellos temas que pudieran restar puntos a la oposición por coincidir con ella, como eran la búsqueda de concordia y cooperación entre las clases sociales, la necesidad de acelerar los procesos de desarrollo económico, la conveniencia de dar seguridades a la propiedad privada y, desde luego, ni una palabra de encomio para la educación socialista.

Ni la moderación de Ávila Camacho ni la rama de olivo que ofrecía a los anticardenistas resultaron suficientes para neutralizar a la oposición conservadora. Esta vez el gobierno de la Revolución parecía enfrentarse a una fuerza electoral "sin precedentes", pues no sólo incluía a muchos de los que habían apoyado a Vasconcelos, sino también a un buen número de miembros de la "familia revolucionaria", en especial militares, así como a católicos y a muchos elementos de la clase media bastante influidos por la propaganda falangista y fascista. Tampoco faltaron obreros y cam-

⁴⁷ Para una revisión sumaria de las posiciones y apoyos políticos a las candidaturas de Francisco J. Múgica y Manuel Ávila Camacho, respectivamente, véase Albert L. Michaels, "Las elecciones de 1940", en *Historia Mexicana*, XXI, núm. 3, julio-septiembre de 1971, pp. 80-99; Alicia Hernández, *op. cit.*, pp. 187-208.

⁴⁸ Un examen de este plan se encuentra en Leopoldo Solís, *Planes de desarrollo económico y social en México*, México, SepSetentas, 1975, pp. 27-51.

pesinos descontentos con el liderazgo que se les había impuesto; en fin, se trató de una oposición bastante heterogénea y activa.⁴⁹ Esta heterogeneidad se reflejó, por ejemplo, en la selección de los métodos para enfrentar al gobierno. Para la oposición más recalcitrante, como era el caso del movimiento sinarquista —en gran parte heredero de los cristeros—, la vía armada y no las elecciones era la forma más adecuada para llegar al poder y purgar a la sociedad mexicana de los males que le habían traído “los comunistas y sus seguidores”, encabezados, según ellos, por Cárdenas y Lombardo Toledano. Sin embargo, para otros, sobre todo católicos de clase media alta, la acción electoral tenía sentido no tanto porque creyeran que el gobierno se iba a apegar a las reglas de este juego, sino por constituir un medio para educar políticamente al pueblo mexicano y eventualmente, sin violencia, hacer aceptable a la sociedad mexicana su visión conservadora del mundo. Ésta era la verdadera razón de ser del recién creado Partido Acción Nacional, a cuyo frente se encontraba un brillante y honesto abogado, que por algún tiempo había servido a los gobiernos revolucionarios, había sido rector de la Universidad Nacional y para entonces ya estaba muy identificado con las virtudes de la iniciativa privada: Manuel Gómez Morín.⁵⁰ En esta primera experiencia electoral, el PAN fue una fuerza secundaria, pero pese al poco éxito de su acción en 1940, el partido continuó, se consolidó y aunque no llegaría a ser un partido de masas, sí se convirtió en la principal fuerza de oposición electoral al partido oficial.

Pese a la militancia de los diversos grupos católicos, la oposición que más pareció preocupar a Cárdenas fue justamente aquella que se estaba desprendiendo de sus propias filas, como era la de los “veteranos de la Revolución”, más cercanos en su visión política a Calles y a los sonorenses que a Cárdenas. Desde noviembre de 1938, un grupo de “veteranos” consideró que había llegado el momento de echar a andar “una campaña política en contra del Partido Nacional Revolucionario [*sic*], del general Cárdenas, de los bolcheviques, de los líderes, de los gánsters de la política y de las pretensiones presidenciales de Luis I. Rodríguez y Lombardo Toledano”.⁵¹ Con este espíritu se creó en 1939 un Comité Revolucionario para la Reconstrucción Nacional, entre cuyos promotores se contaban Emilio Madero, el infatigable Gilberto Valenzuela, los generales Ramón Iturbe, Jacinto Treviño, Héctor López, Marcelo Caraveo, el pintor Dr. Atl, el líder agrarista y antiguo zapatista Antonio Díaz Soto y Gama y otros más. Esta organización no tardó en publicar un manifiesto en donde demandaba respeto a la letra y al espíritu de la constitución de 1917, y por lo tanto proponía una política gubernamental que no fomentara la discordia entre las clases sino que procurara la colaboración entre las mismas para el bien común. Su objetivo, según el documento, no era tanto aniquilar al régimen como poner fin a la “influencia comunista” que existía dentro del gobierno.⁵² Para lograr esa meta, el grupo consideró necesario presentar un candidato independiente. En un principio se pensó que el general Joaquín Amaro sería la persona más adecuada, pero finalmente las opiniones convergieron en otro general de quien se tenía la imagen del líder enérgico, militar competente, empresario exitoso y cuyas tendencias políticas eran más que moderadas: el divisionario y comandante militar en Nuevo León, Juan Andrew Almazán.

En realidad la campaña de los almazanistas se había iniciado desde antes y para enero de 1939 habían surgido los primeros comités pro Almazán en diversas partes del país. El general Almazán actuó con cautela y se tomó su tiempo antes de decidirse a volver a desempeñar un papel que no le era desconocido: el de opositor al gobierno. Al finalizar junio, y cuando ya era casi seguro que Ávila Camacho sería el candidato oficial, Almazán pidió su retiro del servicio activo y el 25 de julio difundió públicamente un manifiesto que marcaba el principio formal de su campaña y en donde resumía su proyecto político: Almazán justificaba su candidatura como respuesta al llamado que le hicieran grupos de obreros y campesinos, por lo que pudo calificarse a sí mismo como demócrata y representante genuino de la Revolución mexicana y enemigo de la imposición que se gestaba. Su programa proponía el apoyo y estímulo tanto al ejido como a la pequeña propiedad rural; respecto de los trabajadores urbanos, les ofreció la protección del Estado tanto para la defensa de sus derechos —incluida en ellos la huelga y el reparto de utilidades— como para que se liberaran del yugo de sus líderes sindicales y logaran así una autonomía real. En relación con la mujer, propuso otorgarle plenos derechos políticos; al ejército ofreció modernizarlo y a la administración descentralizarla. En fin, en el trasfondo del proyecto de Almazán estaba la idea de alentar la cooperación en vez del antagonismo entre las clases sociales.⁵³

Inmediatamente después de hacer público este manifiesto, surgió un comité que habría de encargarse de la organización del partido almazanista: el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN). El presidente de este organismo fue Gilberto Valenzuela y otros cargos dentro del mismo quedaron en manos de Rubén Salazar Mallén, Melchor Ortega, Luis N. Morones (Partido Laborista), Porfirio Jiménez Calleja (Partido Nacional Agrarista) y Juan Landeróche (Partido Acción Nacional). La creación de organizaciones almazanistas con base local o funcional se aceleró. Los fondos para esta campaña provinieron en un 75% de los propios recursos del candidato (3 040 270 pesos, para ser exactos) y el resto de contribuciones de sus partidarios.⁵⁴

Una vez en campaña, Almazán atacó por varios frentes. Por un lado, trató de afianzar sus credenciales como revolucionario subrayando sus ligas con Zapata, a la vez que tocó prácticamente todos los temas conservadores que despertaban las simpatías de quienes deseaban ver el fin de las reformas cardenistas, en particular las de naturaleza agraria. La coalición presidida por Almazán fue desde su origen heterogénea y sólo se mantuvo unida por su oposición a Cárdenas y al cardenismo; el enfrentamiento de Almazán con Ávila Camacho tuvo siempre un carácter secundario. Como otros presidentes en el pasado inmediato, Cárdenas se comprometió públicamente a mantener la campaña electoral y los comicios dentro de un ambiente de paz y de respeto a los principios democráticos. La verdad es que tal promesa no se cumplió. Como en ocasiones anteriores, la violencia hizo su aparición. Pese a ello, no hay duda de que en la mayor parte de los lugares en donde se presentó, Almazán encontró grupos dispuestos a darle una cálida y entusiasta acogida.

Las elecciones del 7 de julio de 1940 volvieron a estar marcadas por la violencia y el robo de urnas por ambas partes. Como había ocurrido antes con Vasconcelos, Almazán y sus colaboradores más cercanos habían manifestado que, en caso de que

⁴⁹ Albert L. Michaels, *op. cit.*, p. 101.

⁵⁰ Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 321 ss.

⁵¹ Bernardino Mena Brito, *El PRUN, Almazán y el desastre final*, México, Ediciones Botas, 1941, p. 39.

⁵² *Ibid.*, p. 59.

⁵³ *Excelsior*, 29 de julio de 1939.

⁵⁴ Bernardino Mena Brito, *op. cit.*, p. 229.

se les arrebatara el triunfo electoral mediante el fraude, saldrían del país para recuperar por la fuerza lo ganado en las urnas. Y todo indica que el fraude se volvió a repetir. Según las cifras oficiales, de los 2 637 582 sufragios válidos, prácticamente el 94% correspondió a Ávila Camacho, con sólo un modesto 5% para Almazán y menos del 1% para el general Rafael Sánchez Tapia, cuya candidatura, según algunos, sólo tuvo el propósito de intentar dividir a la oposición.⁵⁵ Es posible que el candidato oficial haya ganado, sobre todo por los votos rurales, pero es difícil creer que el triunfo haya sido tan rotundo; las cifras no son compatibles con la lógica política del momento. Los mítines almanistas en vísperas de las elecciones habían congregado en un solo lugar a muchedumbres superiores a los 151 101 votos que se le reconocieron a Almazán en todo el país. La magnitud del fraude no se conoce, pero algunas cifras aisladas dan una idea aproximada; por ejemplo, de acuerdo con los primeros cómputos oficiales, en el primer distrito electoral de Durango, Almazán recibió 12 123 votos en tanto que Ávila Camacho apenas 421; sin embargo, cuando se dieron a conocer las cifras definitivas resultó que en todo el estado de Durango a Almazán se le reconocieron 2 004 votos en tanto que al candidato oficial 60 723.⁵⁶ Sólo la alquimia electoral del centro pudo modificar de manera tan dramática los resultados finales, y sólo la fidelidad del ejército y el control presidencial sobre las organizaciones de masas le permitieron al gobierno sostener estos resultados.

Sobre la histórica jornada electoral de 1940 se pueden decir muchas cosas, pero no que contribuyó a fortalecer la débil democracia electoral mexicana. Cárdenas, que impuso sus profundas reformas muchas veces a contrapelo de una opinión de los propios beneficiarios, al final pareció considerar que únicamente alterando los resultados de la votación se entregaría a Ávila Camacho un poder presidencial no disminuido. En cierto sentido tuvo razón. El reconocimiento de que Almazán contaba con una fuerza electoral sustantiva habría echado por tierra parte de la obra y del espíritu de su gobierno; con Ávila Camacho, se creyó entonces, el cardenismo tenía la posibilidad de mantenerse vivo y quizás, en el futuro, podría ser la fuerza que animara otra vez a la acción política revolucionaria en México. A corto plazo, esta perspectiva pareció corresponder a la realidad, pues el almanismo se desmoronó con rapidez. Inmediatamente después de las elecciones, Almazán trazó un plan para efectuar una huelga general y acto seguido lanzar al "pueblo organizado" a la toma del poder. Para contar con mayor libertad en la elaboración y puesta en práctica de estos planes, el general de Olinalá salió de México rumbo a La Habana y más tarde hacia Estados Unidos; entre tanto, dejó al general Héctor López y a otros correligionarios a cargo de las operaciones sobre el terreno. Cárdenas, al tanto de las actividades subversivas, las pudo neutralizar manteniendo el control del ejército. Al finalizar noviembre, Almazán hizo saber a sus lugartenientes que era inútil seguir adelante con el intento de reclamar el poder y, pese a la oposición de sus seguidores, el día 26 de ese mes hizo pública su decisión de "renunciar" al cargo de presidente para el cual había sido electo en julio. La razón de esta determinación, dijo, fue comprobar que Cárdenas y Ávila Camacho contaban con el apoyo de Estados Unidos, lo que hacía "insensato" lanzar al pueblo a una rebelión que de antemano se sabía perdida.⁵⁷ A partir de ese momento, el almanismo desapareció como fuerza polí-

⁵⁵ Mario Ramírez Rancaño, *op. cit.*, p. 293.

⁵⁶ Archivo General de la Nación, Ramo Gobernación, caja 2.311 (6), exp. 2/311/(7)/2.

⁵⁷ Bernardino Mena Brito, *op. cit.*, pp. 197-202.

tica, aunque no sin dejar una estela de rencores, recriminaciones internas y espasmos de violencia que cobraron algunas vidas.

En realidad, el proyecto en aras del cual Cárdenas alteró el resultado de las elecciones de 1940 no fue viable. La maniobra que dio el poder a Ávila Camacho y dismanteló a la oposición simplemente retrasó lo que Cárdenas y los cardenistas temían: el asalto y afianzamiento del poder por el ala conservadora del PRM. La Revolución mexicana ya no siguió adelante. Es verdad que durante el gobierno de Ávila Camacho existió un delicado equilibrio entre las fuerzas cardenistas y sus opositores, al que contribuyó la idea de la "unidad nacional" y la situación de emergencia provocada por la segunda guerra mundial, pero la selección de Miguel Alemán en 1945 como sucesor de Ávila Camacho marcó el fin del cardenismo como una fuerza decisiva en la política mexicana. Bajo la dirección de Miguel Alemán, el rumbo del Estado y de la sociedad mexicanos se enfiló por un camino decididamente conservador, en donde la meta central fue la consecución de un desarrollo capitalista más o menos ortodoxo y ligado a Estados Unidos. Lo que perduró, en cambio, fue el marco autoritario dentro del cual se dio el juego político.

Conclusiones

El movimiento con el que se inició la Revolución mexicana en 1910 tuvo como causa formal e inmediata la violación sistemática de las reglas y la sustancia del juego democrático liberal consagrado por la constitución de 1857. Desde luego que los sucesos posteriores a 1910 mostraron que las causas últimas de ese gran estallido social eran otras y mucho más profundas. De todas maneras, a todo lo largo del proceso revolucionario y hasta su culminación en la época cardenista, ninguno de sus líderes negó validez al modelo de la democracia liberal como la forma adecuada para dar expresión a los procesos políticos mexicanos. Sin embargo, y paradójicamente, en ningún momento de la agitada vida pública de este período los ciudadanos mexicanos estuvieron en la posibilidad de ejercer plenamente sus supuestos derechos democráticos por la vía electoral. Las razones de esta contradicción fueron varias. En primer lugar, la ausencia de una tradición democrática real. Luego, el hecho de que la dinámica política que siguió al triunfo de los rebeldes sobre el antiguo régimen inhibió la presencia de fuerzas organizadas —partidos bien estructurados y con bases sociales— que ofrecieran una alternativa real frente a los vencedores. De cualquier modo, el Congreso mostró una saludable pluralidad que recobró por un tiempo el tono que el poder legislativo tuvo en la época de Juárez. La guerra civil que siguió al golpe militar de febrero de 1913 echó por tierra cualquier semblanza de normalidad y multipartidismo y por tanto cortó la posibilidad de que México continuara su aprendizaje en el difícil ejercicio de la democracia representativa; las elecciones efectuadas bajo Huerta no fueron más que una farsa, y las celebradas por Carranza tras su triunfo militar sobre las otras facciones que le disputaban el derecho a presidir sobre el nuevo régimen simplemente sirvieron para cumplir con el ritual de legitimar un poder ya ganado por otros medios; lo mismo se puede decir de los triunfos electorales de Obregón en 1920 y 1928, así como de los de Calles de 1924 y de Ortiz Rubio en 1929. De todas maneras, ante la presencia de varios partidos en el Congreso, y de facciones dentro del PNR en sus primeros tiempos, el poder legislativo mostró una cierta pluralidad e independencia respecto de la Presidencia.

La elección de 1929 al igual que la de 1940 —hechas ya con el apoyo de un gran partido oficial— mostraron bien que la naturaleza del PNR primero y luego del PRM no era realmente la de un partido clásico, pues su objetivo no era tanto el reafirmar de manera periódica el derecho del grupo revolucionario a gobernar a través de la victoria electoral —en realidad no se le iba a dar a la oposición ninguna posibilidad de asumir el poder—, sino básicamente disciplinar a sus miembros para que la lucha interna por el poder no diera al traste con el sistema. Por lo tanto, el período preelectoral, más que la elección misma, fue siempre el momento decisivo de la transmisión del poder. En este proceso, y pese a lo multitudinario de las asambleas del PNR, el ciudadano común y corriente o el miembro típico del partido tuvieron poco que ver con el resultado final. La victoria o derrota de todos aquellos miembros de la coalición revolucionaria que alguna vez aspiraron a la Presidencia dependió de su capacidad para generar y sostener alianzas en la cúpula, es decir, con los dirigentes más importantes del ejército y de las organizaciones de masas. Pero había algo más, estas victorias y derrotas de grupos internos le permitieron al partido “poner al día”, es decir, reflejar de manera más o menos fiel, la composición de fuerzas; no hay duda de que este sacudimiento periódico —que notablemente no existió en el porfiriato— dio gran vitalidad al partido oficial. Es verdad que desde un principio el presidente saliente se perfiló como el elemento decisivo en el proceso de selección, en particular al final del período, pero su poder nunca fue tanto que impidiera a los contendientes de su propio partido anunciar sus precandidaturas y maniobrar abiertamente en busca de posiciones que facilitarían una decisión en su favor. El “tapadismo” tal y como se practicaría sistemáticamente después, fue en este período la excepción —Ortiz Rubio— y no la regla; el primer ensayo de este procedimiento, cuando Carranza intentó imponer a Bonillas en 1920, fracasó rotundamente.

Hasta antes de la formación del PNR, la mayor parte de los partidos nacionales habían surgido y se habían desarrollado como resultado de la acción de algunos de los principales líderes revolucionarios. En realidad casi ninguno superó esta etapa personalista y cuando la figura caudillesca que los alentó desapareció, ocurrió lo mismo con el partido; es por ello que el multipartidismo de la época fue falso, pues sus bases eran tan endebles que no cuajó en agrupamientos políticos que expresaran ideologías e intereses permanentes de grupos sociales amplios en vez de meras personalidades y circunstancias coyunturales. Sólo con la desaparición de Obregón se propició el espacio mínimo necesario para el surgimiento de un partido que trascendiera el caudillismo.

Finalmente, no hay duda de que la Revolución mexicana fue un acontecimiento de gran fuerza y magnitud, y que por tanto prácticamente ocupó todo el espacio político disponible, dejando muy pocas posibilidades a la oposición conservadora y radical. Sin embargo, su misma vitalidad generó reacciones importantes —no siempre contra la Revolución misma, sino contra su liderazgo— que en ciertos momentos llegaron a concretarse en movimientos electorales de oposición que despertaron el entusiasmo y movilizaron a sectores muy amplios de la población. Fue justamente en esas coyunturas cuando las formas autoritarias de la vida mexicana, de raigambre añeja y profunda, se reafirmaron. En las jornadas electorales de 1929 y 1940, el gobierno no supo o no pudo responder a sus impugnadores dentro de las reglas del juego liberal democrático y en cambio echó mano de una mezcla de represión y fraude, lo que sentó las bases de la raquítica vida electoral que habría de caracterizar al México de la posrevolución. En realidad, esos dos episodios mostraron que

el PNR no sabía ni estaba preparado para hacer frente a oposiciones electorales sustantivas; la oposición marginal no sólo era tolerada sino que cumplía una función legitimadora; pero no era el caso de la oposición sustantiva, de ahí lo burdo del fraude oficial.

EL PERÍODO DE LAS ELECCIONES EN EL MÉXICO INSTITUCIONALIZADO, 1946-1976

La explicación de este ensayo es describir, de manera breve, algunos de los rasgos que caracterizan las elecciones presidenciales en México entre 1946 y 1976. Con ello se pretende dar una clave conceptual al trabajo que precede a éste y que abarca el período de 1911 a 1940. Es importante recordar que, a diferencia del período anterior, la información disponible para reconstruir las últimas décadas desde un punto de vista electoral no es muy abundante. Una explicación posible al respecto es que con todas las elecciones del período 1946-1976 tienen lugar en un espacio de mayor “confidencialidad” y con la participación decisiva del poder ejecutivo más que de cualquier otra instancia del sistema político, incluyendo en ello al partido oficial. Otra explicación posible es que el período que se analiza coincide con un sistema presidencialista consolidado, así como que no es observable mucha vida avarozada al régimen cardenista.

La participación electoral

En el período comprendido entre 1946 y 1976, la participación electoral en México cambió hacia su institucionalización. En ello cabe que ver, en gran medida, la reestructuración del partido oficial ocurrida en enero de 1946, momento en que el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) se convirtió en el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Se revisaron los archivos nacionales, hechos a raíz de varios de sus trabajos, de Lorenzo Meyer, Juan José Campa, Colette Janczyk, Fernando Yudi, Jorge Alamo y Rogelio Razo.

Este trabajo está bien a su vez basado en los estudios que realizan las condiciones políticas y socioeconómicas que rodean a las elecciones presidenciales que han tenido lugar entre 1946 y 1976. Se valen, sin embargo, con especial importancia de los datos sobre los que operan los estudiosos por Carlos Sagorin y sus colaboradores en el Instituto de la Estadística y Censos.

Este período se comprueba el terreno de institucionalización, en que el abuso se utiliza más como un mecanismo de control que de represión y avarozada a los grupos opositores en el sistema, también como un medio de legitimación y reafirmación institucional y electoral —su objetivo es el fortalecimiento de la democracia en el sistema presidencial. Frente al que entre 1911 y 1940 se había formado un sistema de elecciones presidenciales en el que el partido del que se ocupa este estudio se había convertido en el instrumento de control y represión.